

BOLSILIBROS BRUGUERA

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

EL HOMBRE DE ORIENTE

FABÁ

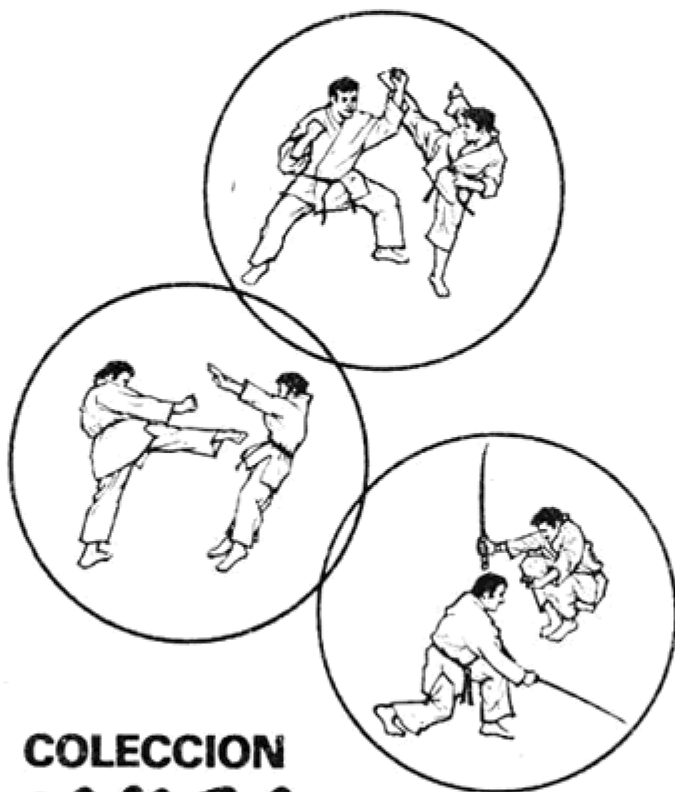
EL HOMBRE DE ORIENTE

Kiai Nº 32

Autor: Carrigan, Lou
ISBN: 9788402049520

EL HOMBRE DE ORIENTE

LOU CARRIGAN



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

27 — El ciego orgullo de la raza, Clark Carrados

28 — La flor del cerezo, Lou Carrigan

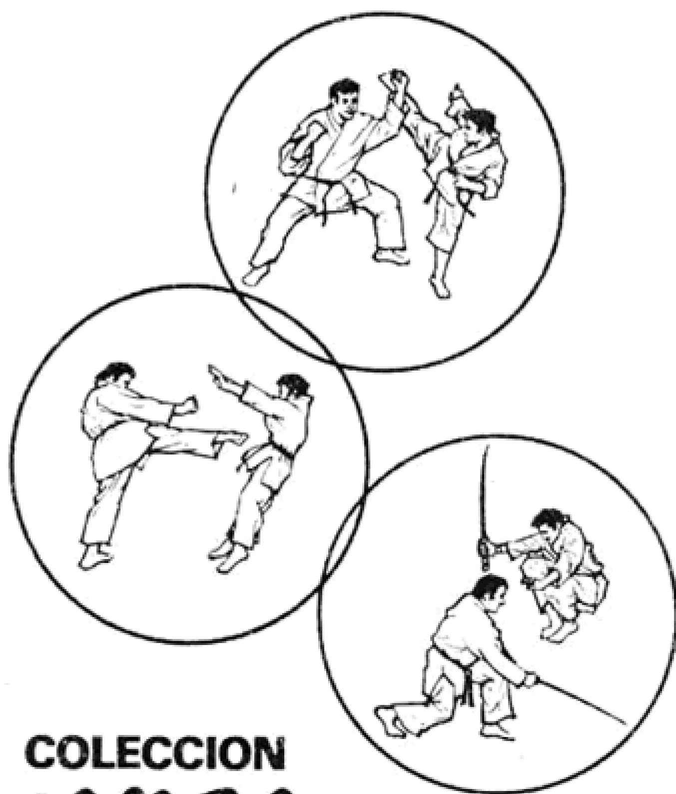
29 — Su majestad, la gasolina, Ralph Barby

30 — Locura púrpura, Curtis Garland

31 — Miss Fantasma, Clark Carrados

Colección ¡KIAI! n.° 32

Publicación semanal



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCEIONA • BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84 – 02 – 04952 – 4
Depósito legal: B. 25.318 –1977

Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: agosto, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial— Bruguera, S.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El camarote era más bien pequeño, y estaba ubicado en una de las cubiertas inferiores del enorme transatlántico, pero cuando menos, tenía vista al mar, por medio de la ventana circular practicada en el casco. Eso había permitido a Kio Meing respirar el aire salobre y fresco durante todo el viaje, y contemplar el mar en sus diferentes tonalidades.

Algo curioso, el mar.

Si hacía sol, resplandecía en azul o verde, con blancas crestas espumosas, refulgentes. Si no hacía sol, parecía gris, o morado y hasta marrón; de noche, era negro, y las crestas de sus olas tomaban tonalidades diferentes, según hubiese luna o no…

Pero ya se había terminado tanto contemplar el mar. Desde el circular portillo del camarote, Kio Meing veía, ahora, la bahía de San Pedro, al sur de Los Angeles, Estados Unidos de América. Un largo viaje estaba terminando. Dentro de una hora, o poco más, en aquella hermosa mañana de verano, el chino Kio Meihg desembarcaría en Los Angeles Harbor, y ello significaría no sólo que el viaje había terminado, sino que su descanso había terminado también.

Mejor. En realidad, se estaba aburriendo como nunca en su vida, y lamentaba no haber hecho el viaje en avión. Y ello pese a que le habían instado que su presencia en Estados Unidos era más bien urgente. Quizá por eso no se había dado prisa. A Kio Meing le molestaba que lo presionasen. Le gustaba decidir por sí mismo si había o no había prisa para tal o cual cosa, y si aquel día se pondría un traje de baño o un abrigo.

Cada cual es como es.

Kio Meing era así, terco y hermético. Y atractivo. Debía tener algo menos de treinta años, su estatura era más bien aventajada considerando su raza, y sus facciones eran tan correctas que, a veces, podía dar lugar a dudas respecto a su condición asiática. En aquellos momentos, Kio estaba desnudo de cintura para arriba, de modo que se podía ver su torso, fino, pero increíblemente musculado. A cada movimiento, un paquete de finos músculos parecía ir a reventar la

oscura piel; la envergadura de los hombros de Kio Meing era sorprendente, pero quizá era aún más sorprendente la delgadez de su cintura, y la perfección de sus músculos abdominales, que parecían cincelados en mármol.

Sí, Kio Meing era un joven y atractivo chino, de negrísimos ojos, cabellos lacios y cortados en discreta melena, labios delgados y duros, mentón sólido. Sus manos bien cuidadas eran grandes, de aspecto fuerte; de cuando en cuando, la derecha ascendía para dar un tironcito a uno de los extremos del bigote de guías caídas que parecía sellar la dura boca.

Y eso fue lo que hizo Kio Meing antes de apartarse de delante del portillo. Se dedicó a hacer su reducido equipaje, dejando sobre la cama la camisa, la corbata y la chaqueta que se pondría finalmente. Era temprano, pero ya hacía calor, y Kio detestaba la transpiración. Prefería, siempre, estar lo más ligero de ropa posible, así que sólo terminaría de vestirse cuando no tuviese más remedio, a fin de abandonar el barco…

La llamada a la puerta del camarote le distrajo. Se acercó a la puerta, y preguntó, sin abrir:

—¿Quién es?

—Un cablegrama, señor.

Kio Meing abrió la puerta del camarote. Desde el pasillo le ayudaron, empujando hacia dentro, sin brusquedad, pero con firmeza. Kio cedió, esbozando apenas un gesto de sorpresa. Sabía demasiado de lucha para enfrentar la fuerza con la fuerza. Y estaba demasiado seguro de sí mismo para que le preocupase el desconcertante hecho de que un hombre que no parecía empleado en ninguna de las tareas del barco entrase en su camarote tras engañarlo, cerrase la puerta tras él, y se quedase mirándolo fijamente.

Lo que sí dejó atónito a Kio Meing fue el parecido del hombre desconocido, con él mismo. Salvo algunas pequeñas diferencias faciales, Kio Meing podía pensar cae se hallaba ante un espejo. El hombre era también de raza china, llevaba un bigote idéntico, el cabello cortado del mismo modo, era ancho de hombros, sus facciones eran correctas y firmes…

—¿Quién es usted? —preguntó Kio Meing.

—He venido a matarle —dijo el otro, sencillamente.

Kio abrió la boca con gesto de estupefacción. Luego, súbitamente, sonrió.

—Eso no va a ser fácil —aseguró.

El otro encogió los hombros. Bajo la vigilante mirada de Kio se quitó la chaqueta, la corbata, la camisa… Kio Meing iba de asombro en asombro. Si él tenía una musculatura que consideraba

impresionante, había que ver la del recién llegado para saber, de verdad, lo que era una musculatura fuera de serie.

El otro se quedó mirando a Kio, apretó los labios, y dio un paso hacia él. Kio Meing se irguió vivamente, y cerró los puños, alzándolos, colocándolos ante su rostro. El otro giró levemente, adelantó un pie más que el otro, y pareció quedar como flotando sobre el más atrasado. Kio Meing sintió una especie de relámpago helado por su columna vertebral al identificar en el acto la postura Chu-Pu del Kung Fu.

En esta postura, el recién llegado pareció desplazarse como si en el pie en el que se apoyaba tuviese unas ruedecitas. Era un deslizarse suave y seguido, sin prisa y sin pausa. Un destello entre furioso y alegre pasó por los ojos de Kio Meing. Muy bien: tampoco él era precisamente un desgraciado luchando, y conocía tantos, tantísimos trucos, que podía enfrentarse incluso a un gran experto en Kung Fu…

¡Fsss…!, silbó la pierna encogida del otro, lanzando un trallazo hacia los genitales de Kio. Este bajó el puño izquierdo, desvió la patada con el antebrazo, y lanzó un demoledor golpe de Kem-Po hacia el otro, directo al rostro. El otro giró, alejándose un largo paso; volvió a girar, y su pierna derecha salió silbando, cortando realmente el aire como si éste fuese sólido, con seco trallazo. Kio recibió el golpe en el centro del pecho, y retrocedió un paso, lívido, cortada la respiración.

El otro se movió a una velocidad imposible de seguir. Giró de nuevo en Chu-Pu, lanzando otra patada seguidamente, de nuevo buscando la parte baja del abdomen de Kio Meing, y acertando de lleno esta vez. Pasó rápidamente a Hsu-Pu, sosteniéndose de lado con respecto a Meing sobre el pie izquierdo, pero lanzando el derecho directo hacia el rostro de Kio Meing, acertándole de lleno en la barbilla. Kio salió disparado hacia atrás, chocó de cabeza contra la pared del camarote, junto al portillo circular, y cayó de rodillas. Le dolía el pecho, la cabeza le daba vueltas…

Apoyó ambas magos en el suelo, se puso en pie, y quedó tambaleante, blandiendo los puños. Sacudió la cabeza, y vio ante él al otro, ahora en postura Shi Ma Shin, es decir, como montado a caballo, ambas piernas flexionadas ligeramente, dándole frente por completo, los puños preparados para entrar en acción sin que su cuerpo se moviese. Lo que quería decir que consideraba que él, Kio Meing, estaba acorralado.

Y eso no…

¡Claro que no!

Kio Meing adelantó, dispuesto a golpear… Y recibió el tremendo zarpazo en la barbilla que lo tiró de nuevo contra la pared. Mientras rebotaba, Kio Meing iba hundiéndose en una especie de estupor paralizante. Estaba sucediendo algo que jamás había creído que

pudiese ocurrir: alguien le estaba venciendo. Pero no en una pelea, ferocísima, sangrienta, a costa de verter su propia sangre en abundancia. No. Simplemente, él, Kio Meing, estaba recibiendo una paliza… ¿Cómo era eso posible? El nuevo golpe llegó, lanzando de nuevo a Meing contra la pared. Era como si un gigante estuviese jugando con un niño. Esta certidumbre le producía a Meing tanto asombro, que se sobreponía al dolor. ¡Pero si él era uno de los hombres más peligrosos del mundo, estaba seguro…!

Un nuevo golpe lo tiró una vez más contra la pared.
Quedó como adherido a ésta, y fue deslizándose hasta quedar sentado. Ante él sólo veía una sombra. La sombra se adelantó, sin abandonar la postura Shi Ma Shin. Meing ¿acudió la cabeza, y la visión se aclaró. Vio al otro variarla postura de nuevo a Hsu-Pu, descansando ahora todo el peso del cuerpo sobre la pierna izquierda. El pie derecho se movió, suavemente, iniciando el movimiento.

—No —jadeó Meing—. ¡No…!

¡Fssss!, silbó el pie, con breve trallazo, que terminó en la sien izquierda de Kio Meing. Aquí se produjo un blando chasquido. Los ojos de Kio Meing giraron velozmente, y quedaron mostrando solamente la blancura de la córnea. De su boca angustiosamente abierta escapaba, lentamente, el último aliento, en un ronquido suave y sostenido…, que, de pronto, terminó.

La cabeza de Kio Meing cayó sobre su pecho, y la boca se cerró, con seco chasquido de mandíbulas.

El otro estuvo todavía con el mortífero pie en alto durante cinco o seis segundos. Luego, se apoyó normalmente en el suelo, caminó dos pasos, y se acuclilló frente a Kio Meing. Puso dos dedos en un lado del cuello de éste, y permaneció inmóvil, atento al menor latido que pudiese haber en la carótida de Meing.

Pero no hubo latido alguno.

Kio Meing había muerto.

CAPÍTULO II

DOROTHY BARROWS tiró el cigarrillo a un lado, y consultó una vez más su relojito de pulsera, con gesto impaciente. Nunca le había gustado esperar, pero es que, además, Kio Meing se estaba pasando de la raya. Hacía ya mucho que el barco había llegado, y no comprendía por qué tenía que tardar tanto en desembarcar. Bueno, seguramente había desembarcado ya, pero debían estar reteniéndolo en Inmigración. Sí, seguramente se estaban excediendo en la revisión de todo lo concerniente a Kio Meing, precisamente por ser chino…

De pronto, en la sala de espera de la estación marítima apareció el chino. Dorothy supo inmediatamente que era Kio Meing. Lo adivinó, estuvo segura de que no podía equivocarse. Aceptable estatura, ancho de hombros, bien vestido a la americana, con un traje de color claro, una sola maleta… Y el bigote. Incluso a aquella distancia, Dorothy captó, percibió la sensación de fuerza y sosiego del hombre de raza china, cuya negra mirada se desplazaba lentamente por toda la sala de espera.

Hasta que chocó con la de Dorothy Barrows. El chino se quedó mirando fijamente los verdes ojos de la espléndida rubia, y ella sonrió. Acto seguido, se fue directa hacia él, que se había detenido y había dejado la maleta en el suelo.

—¿Kio Meing? —preguntó Dorothy.

—Sí.

—Yo soy Dorothy —tendió ella la mano—. Vengo de parte de Orientman. Tengo un coche ahí fuera.

El recién llegado aceptó la mano, que estrechó suavemente. No dejaba de mirar los ojos de la hermosa rubia. Pero lo hizo de pronto, deslizando su negra mirada por el sugestivo cuerpo que la ropa estival moldeaba suavemente.

—¿Le gusto? —rió Dorothy.

Kio Meing asintió con la cabeza, añadiendo:

—Sí. Pero nadie me habló de una mujer. Esperaba ser recibido por otras personas. Al menos, por hombres.

—Lo que significa que es usted de la clase de tipos que desdeñan a las mujeres —frunció el ceño la rubia—. Salvo para irse a la cama con ellas, claro. ¿No es así?

Kio Meing la miró de arriba abajo, y sonrió. Su sonrisa casi resultó simpática.

—Si realmente la envía el Hombre de Oriente, sería mejor que nos pongamos en camino —se inclinó, y recogió la maleta—. ¿Dónde está su coche?

Ella señaló fuera de la sala de espera, todavía mosqueada. Se dirigieron hacia la salida. Un par de minutos más tarde, después de tirar su maleta al asiento de atrás del descapotable, Kio Meing se sentaba en el delantero, junto al volante. Su mirada iba de un lado a otro, sosegada, inescrutable. Pero se desvió hacia Dorothy cuando ésta se sentó ante el volante, mostrando sus bellas piernas con toda naturalidad.

—Tenemos casi una hora de viaje —dijo—. Por el momento, se alojará en un chalé al norte de Los Angeles, en Glendale. ¿Conoce Los Angeles?

—No.

Ella frunció el ceño.

—Me pregunto —murmuró— si realmente ha valido i; pena hacerle venir desde Hong Kong. Además, ha tardado usted mucho.

—Yo también me estoy preguntando cosas.

—¡Oh…! ¿Por ejemplo?

—Usted es blanca. Norteamericana, supongo. De modo que me pregunto qué pinta en todo esto.

—Le comprendo. Y espero que usted también comprenda que es lógico que Orientman tenga personal americano a sus órdenes. Hay cosas que un oriental tendría dificultades para hacerlas en Estados Unidos. En esas ocasiones, Orientman utiliza personal americano.

—Sí, me parece lógico. ¿A qué se dedica usted exactamente dentro de la organización?

—Pues, por ejemplo —sonrió Dorothy, mirándole fijamente—, a recibir asesinos especiales, e instalarlos adecuadamente.

—Interesante cometido —aprobó Kio Meing—. ¿Y qué más cosas hace usted?

—Todas las que sean necesarias para el buen funcionamiento de los planes de Orientman.

—Espero que sea usted tan eficaz en todo, como está queriendo dar a entender. ¿Qué estamos esperando?

—Estamos esperando a que usted termine de hacer preguntas.

—Pues ya he terminado.

—Espléndido. A Orientman no le gustan las personas que hacen

demasiadas preguntas.

—Lo tendré en cuenta.

Dorothy asintió, puso el coche en marcha, y partieron. Kio Meing vio la radio del coche, y la puso en marcha. Luego, se acomodó placenteramente en el asiento, y se dedicó a ir mirando a todos lados, con lentos movimientos de su cabeza. A cada gesto, en su cuello se marcaban músculos y tendones, como cables de acero. A su lado, conduciendo cuidadosamente, Dorothy Barrows notaba la presencia del silencioso chino como un tranquilo aliento de fuerza en reposo. Sentía una sensación extraña, inquietante. De cuando en cuando miraba las manos de él, que reposaban sobre los muslos, abiertas, relajadas. Cada vena, cada tendón, parecía de piedra bajo la piel. Cada dedo parecía una pequeña barra de acero. Las puntas eran anchas, las uñas cortas y sólidas. Eran unas manos como Dorothy no había visto otras en su vida.

El viaje no fue tan largo como había temido Dorothy. Fueron por Harbor Freeway, cruzando Los Angeles, en un tráfico denso, pero fluido. Llegaron a Pasadena, y de allí, Dorothy condujo hacia Glendale. Finalmente, detuvo el coche delante de un chalé relativamente cerca de Brand Park, en una pequeña zona residencial de tono discreto, casi modesto, pero muy agradable. Amplias calles adornadas con altos árboles. Las casas, más bien pequeñas, tenían todas un pequeño jardín delantero con césped y arbustos de flores. Allí apenas había tránsito, y había un silencio sedante. De todos modos, Dorothy había llegado ya a la conclusión de que el ambiente exterior tenía sin cuidado a Kio Meing: él siempre estaba tranquilo, ocurriese lo que ocurriese a su alrededor. En ningún momento había parecido molesto por el ruido de la ciudad, ni impresionado por nada de lo que había ido mirando, siempre, con aquel sosiego inmutable.

—Hemos llegado.

Kio Meing miró hacia la casita frente a la cual se habían detenido. Era de una sola planta, blanca, con tejado ocre, ventanas pintadas delicadamente de azul, cortinas blancas tras los cristales.

—¿Le gusta?

Kio le dirigió una mirada amablemente irónica.

—Mucho —admitió.

Dorothy comprendió que, al chino, la casa le tenía completamente sin cuidado. Frunció el ceño, y condujo el coche hacia el garaje, es decir, hacia el espacio destinado al coche, abierto, simplemente protegido por un techado con tejas iguales a las de la casa.

Se apearon los dos. Kio tomó su maleta, y fueron hacia la puerta de la casa. Mientras introducía el llavín en la cerradura, Dorothy preguntó:

—¿Va usted armado?

¡Qué tontería! —masculló Meing.

—Orientman le procurará todas las armas que usted precise para su trabajo.

¡Magnífico! —casi rio el chino.

Dorothy abrió la puerta, y señaló su interior. Kio Meing entró, Dorothy lo hizo detrás, y cerró la puerta. So hacía falta encender luz alguna, porque las ventanas tenían las persianas abiertas, y la luz del sol inundaba el interior de la casa. Había un pequeño recibidor, un corto pasillo, y a la izquierda un saloncito. El pasillo seguía hacia la cocina, enfrente mismo, y desviándose hacia la derecha, hacia los dos dormitorios y el cuarto de baño. Todo estaba en orden, todo limpio, impecable. Kio observó todo esto, tras haber dejado la maleta en uno de los dormitorios.

—¿Quiere comer o beber algo? —preguntó Dorothy.

—¿Cuándo veré al Hombre de Oriente?

—El decidirá eso.

—Tomaré un jugo de fruta. Pero no envasado. Natural.

—Veré si hay frutas en la cocina, y se lo prepararé.

—Puedo valerme por mí mismo —frunció el ceño Kio.

—No —sonrió ella—. Yo estoy aquí para que usted no tenga que molestarse. Su estancia debe ser todo lo agradable posible. Se me ha encargado de ello, y no tengo por qué desobedecer una orden de Orientman. Cualquier cosa que usted desee, sólo tiene que pedírmela a mí.

—¿Cualquier cosa?

—Absolutamente cualquier cosa. Lo que sea. Cuando usted vea a Orientman me gustaría que le dijese que le he atendido a su completa satisfacción en todos los sentidos.

—¿Le soy antipático?

—Sólo pienso que podría ser bastante más simpático, pero no tiene por qué esforzarse. El personaje importante aquí es usted, no yo.

—Es agradable ser importante.

Kio Meing se dirigió al saloncito. Cuando Dorothy llegó allí, lo encontró sentado en un sillón, inmóvil, con los ojos cerrados. Un rayo de sol daba de lleno en su impenetrable rostro, pero Meing parecía no notarlo.

—¿Está cansado?

Meing abrió los ojos.

—Estoy agarrotado —murmuró—. No estoy acostumbrado a la inactividad física, así que el viaje en barco ha resultado catastrófico para mí. ¿Sabe usted shiatsu?

—¿Qué?
Meing torció el gesto.
—Masaje —explicó—. No conteste, ya veo que no.
—Puedo darle un masaje, si lo desea.
—Supongo que su técnica servirá. ¿Qué me ha traído?
—Jugo de naranja.
Kio Meing tendió una mano, y Dorothy puso el vaso en ella. El chino se dedicó a beber, despacio, haciendo un gesto de aprobación.
—¿Vamos a permanecer los dos solos en esta casa, mientras espero la llamada del Hombre de Oriente? —preguntó.
—Así es.
—Si tanta prisa tenían en recibirme…, ¿por qué tengo que esperar, ahora?
—Orientman decidirá. ¿Quiere más jugo?
—No. Vamos a ver ese masaje.
Dejó el vaso sobre una mesita, se puso en pie, y fue hacia el dormitorio en el que había dejado la maleta. Se desnudó completamente, bajo la mirada casi aterrada de Dorothy. Él se dio cuenta, y se quedó mirándola.
—¿Qué le ocurre? —se interesó.
—Nada… Bueno, nunca había visto… una musculatura como la suya.
—No es bueno estar tan musculado, pero no he podido evitarlo. Por eso necesito actividad física. De lo contrario, me siento como agarrotado. Supongo que eso no debe ocurrirle a usted —sonrió.
—¡Claro que no! —sonrió, también, Dorothy—. Yo no tengo musculatura.
—Todos tenemos musculatura —dijo amablemente Kio Meing—. Pero en el caso de usted está muy bellamente cubierta. De todos modos, debería hacer algún ejercicio físico de forma continuada, o dentro de poco comenzará a lamentarlo.
Se tendió en la cama, boca abajo. Dorothy se acercó, vaciló, y luego puso sus manos en la espalda de Meing. Le pareció de caucho, tan sólida, que pensó que sus dedos ni siquiera podrían presionar. Comenzó a hacerlo lo mejor que supo, comenzando por la parte alta de la espalda, cerca del cuello.
—No, no, no —negó Kio.
—Lo siento… No sé hacerlo mejor.
—Le enseñaré cómo se hace —se sentó él en el borde de la cama, con un solo movimiento sorprendente, como de gato—. Tiéndase usted.
Dorothy se quedó mirándolo, sonriente. De pronto, comenzó a

quitarse la ropa. Fue una operación breve y simpática. Luego, se tendió en lá cama, támbién boca abajo. Kio Meing, que no se había inmutado en absoluto, pasó sus manos por la fina y tersa espalda, y Dorothy emitió un profundo suspiro de placer. Las manos se deslizaron por sus hombros, por la región lumbar, por la columna vertebral, presionando vértebra a vértebra, despacio, como en un rito. Dorothy Barrows comenzó a sentirse como flotando en un desconocido mundo de bienestar, como si no tuviera cuerpo. Sentía la cabeza fresca y ligera, parecía que respirase mejor,— no experimentaba la menor tensión nerviosa, no tenía pensamientos de ninguna clase…

Las manos dejaron de presionar en su cuerpo. Dorothy permaneció todavía inmóvil un par de minutos, como sumergida en un silencio desconocido. Por fin, despacio, se volvió en la cama, y se quedó mirando a Meing, que la contemplaba amablemente.

—¿Bien? —preguntó el chino.

—Maravilloso —suspiró ella—. Voy a intentar hacerlo…

—Estas cosas no se aprenden así como así —negó él—. Pero sí hay algo que, sin duda, sabes perfectamente cómo hacer, y que me significaría un estimable servicio.

Se quedaron mirándose. De pronto, Dorothy sonrió, y tendió los brazos hacia Kio Meing.

—Estoy segura de que quedarás complacido —susurró.

CAPÍTULO III

IGNORABA si Kio Meing había quedado complacido, pero estaba segura, en este sentido, en lo que a ella se refería. Tan complacida había quedado que le disgustaba profundamente la fase siguiente de aquel asunto. Era lamentable tener que hacerlo, pero…

Junto a ella, tendido boca abajo en la cama, Kio Meing dormía profundamente, con una respiración lentísima y apenas audible. Su relajación era total. Dorothy deslizó dos deditos por la espalda del chino, en un intento de hacerle cosquillas, pero Meing no reaccionó.

«Tiene respiración de… de felino —pensó Dorothy—. Pero me parece que su sueño es más profundo que el de un felino. Lo siento por él. Y por mí… Ha sido agradable.»

Salió de la cama, despacio, procurando no moverla, en silencio. Ya de pie, miró de nuevo a Meing, que seguía igual. Lentamente, desnuda y descalza, Dorothy se dirigió hacia la puerta del dormitorio. Abandonó éste, y entonces caminó un poco más deprisa. Llegó al saloncito, se colocó ante una de las ventanas, y movió las persianas, cerrándolas y abriéndolas varias veces. Luego, fue a la puerta de la casa, esperó un minuto, y abrió.

Inmediatamente, sigilosos como gatos, tres hombres de raza china entraron. Dorothy cerró la puerta, siempre sin hacer el menor ruido. Los tres chinos la miraban expectantes. Ella señaló hacia el fondo de la casa, e hizo un gesto como de dormir. Los tres chinos asintieron, y uno de ellos cortó el gesto de los otros dos, de llevar la mano derecha al bolsillo. Lo hizo solamente él, sacando una navaja. Apretó el resorte, y la aguda y afilada hoja apareció, reluciente, con suavísimo chasquido del muelle.

Los tres chinos fueron hacia el dormitorio, en cabeza el que empuñaba la navaja. Entraron los tres, y se quedaron mirando a Kio Meing, que continuaba tal como lo había dejado Dorothy. Esta, en la puerta del dormitorio, contemplaba con cierto pesar al felino dormido… que ya jamás iba a despertar.

El hombre que empuñaba la navaja se acercó a la cama, se colocó junto a Meing, alzó el arma sobre su espalda, y, de pronto, la bajó, con

terrible fuerza, en una cuchillada tremenda destinada a partir el corazón de Kio Meing.

Lo que sucedió fue alucinante.

Alucinante e increíble.

Ei hombre dormido giró, justo en el momento en que la navaja iniciaba el veloz descenso, sus manos asieron la del chino asesino, la desviaron con hábil gesto sorprendente, y la hoja fue a hundirse en el vientre del chino agresor tras haber descrito, en menos de un segundo, la desconcertante trayectoria.

—AAAAUUUGGGFFFfff… —jadeó el chino.

Se quedó como petrificado, observando a Kio Meing, que todavía sujetaba su mano. Meing tiró hacia arriba de la mano del chino, y un agudo chillido brotó de la boca de éste, mientras su rostro quedaba demudado, lívido, los ojos casi fuera de las órbitas. Meing empujó al chino, que cayó de espaldas. Se puso en pie, enfrentándose a los otros dos, que parecían, incapaces de reaccionar. Todavía no comprendían lo que habían visto. En la puerta, Dorothy contemplaba con expresión desorbitada al chino que agonizaba tendido en el suelo…

Chack, oyó delante de ella el chasquido de una navaja al ser impulsada la hoja por el muelle. En el mismo momento en que miraba hacia el chino que había sacado su navaja, que estaba apenas a tres pasos de ella, oía aquella especie de bufido, como un fuerte aliento furioso de fiera; apenas un rugido insinuado en el vientre de un tigre.

—SHUUUúúúUUUUU…

El sonido escalofriante flotó, se desplazó en el aire, acompañando a Kio Meing inevitablemente, puesto que tal sonido estaba brotando de su tenso vientre mientras Meing realizaba el corto viaje aéreo hacia la puerta del dormitorio, a metro y medio de altura, recogidas las piernas, cruzadas las manos abiertas ante su rostro. Fue en ese momento, mientras veía a Kio Meing realizando aquel increíble salto, cuando Dorothy comprendió por qué el chino se había reído cuando ella habló de armas. Sus manos parecían ahora las más terribles armas. Todo su cuerpo, en el aire, era como una sola arma gigantesca e indestructible. En el breve espacio de tiempo que duró aquel fantástico salto precedido del Kiai casi silencioso, Dorothy supo, por primera vez en su vida, lo que era un hombre realmente peligroso.

Un hombre, que volando, llegó ante los dos chinos que ella tenía delante, y uno de los cuales había sacado ya la navaja… Ante este hombre, Kio Meing disparó su flexionada pierna izquierda, en un relampagueante gesto con inmediata recogida. Pareció que el pie de Kio Meing ni siquiera llegase al chino, pero sí llegó. Llegó directo a la barbilla, que crujió; la cabeza del chino pareció saltar hacia atrás como si fuese a desprenderse del cuerpo, la parte posterior rebotó en

la espalda, y el hombre cayó hacia adelante, muerto en el acto, partida la mandíbula y el cuello…

—¡…UUUúúúUUU…! —terminó el Kiai de Kio Meing, mientras caía de pie delante del otro chino.

Este, demudado, había comprendido, también, la realidad sobre la categoría del enemigo que tenía delante, y optó por sacar la pistola en lugar de la navaja. El arma relució en la penumbra del dormitorio, pero ya una mano de Meing estaba en camino. Asió la mano derecha del chino de la pistola, se la pasó por encima de la cabeza efectuando un veloz y elegantísimo desplazamiento hacia la espalda del otro, y luego tiró hacia arriba. La pistola cayó al suelo, el chino lanzó un ahogado alarido cuando su brazo se rompió por el codo y el hombro, y cayó de rodillas y, enseguida, de bruces, desvaneciéndose en el acto.

Dorothy corría ya por el pasillo, hacia la puerta de la casa. No le importaba, en absoluto, estar completamente desnuda. Lo único que pensaba era que tenía que salir de aquella casa inmediatamente, saltar al coche, y alejarse a toda velocidad. ¡Eso era lo único que tenía importancia en aquellos momentos!

Y, por un instante, incluso creyó que podría conseguirlo. No oía nada tras ella. Ni un jadeo, ni una exclamación, ni un sonido de pies apresurados, nada… Sin embargo, ni siquiera llegó a la puerta. Algo la asió por los rubios cabellos, deteniéndola en seco, tanto, que cayó sentada. Un instante después, una fuerza invencible la | tendía completamente de espaldas sobre el frío mosaico, y cuando vino a darse cuenta Kio Meing estaba sentado sobre su vientre, sujetando todavía sus cabellos con la mano izquierda, torciéndole el cuello dolorosamente. La mano derecha de Kio Meing se alzó, como una sentencia, sobre la cabeza de Dorothy Barrows, que gimió:

—No… ¡No, no! ¡Déjame explicártelo…!

La mano quedó en el aire, abierta, de canto sobre la cabeza de Dorothy, como un hacha de piedra.

—¿Explicármelo? —pareció bufar, el felino que tenía sobre el vientre.

—Sí… Puedo… puedo hacerlo… ¡Déjame hablar, y te convenceré!

Los negros ojos de Kio Meing casi desaparecieron tras los párpados, que se entornaron con lento gesto. La boca se plegó un instante como un cepo, la mano pareció a punto de descender. Pero eso fue todo. Por fin, la mano bajó, y la torsión en el cuello de Dorothy disminuyó.

—Muy bien —aceptó—: habla y convénceme.

—Déjame levantarme…

—Estamos bien así —sonrió Meing—. No creo pesarte más que antes, ¿verdad? Claro que del otro modo era más agradable, pero yo no tengo la culpa de que hayas elegido éste. Te escucho.

—Fue… fue Orientrnan quien ordenó todo esto. Él quería… quería saber si realmente eras tan peligroso como había oído decir. Si vencías en esta trampa, seguirías adelante, serías encargado del trabajo. Si, en cambio, esos tres hombres conseguían matarte después de haberte engañado yo… significaría que de ninguna manera habrías sido capaz de realizar el trabajo, así que… bien muerto estarías, y Orientrnan buscaría otro hombre más adecuado.

—Entiendo. ¿Y para asegurarse de eso el Hombre de Oriente ha expuesto las vidas de tres de sus hombres?

—Si no conseguían matarte, era que no merecían la confianza que tenía depositada en ellos. Por lo tanto, peor para ellos si, entre tres, no sabían matar a un hombre que una mujer les servía en bandeja. Si el muerto eras tú, significaría que no habría valido la pena introducirte en el trabajo.

—¿Cuál es exactamente ese trabajo?

—No lo sé. Sólo sé que Orientman está harto de encomendarlo a gente inútil, que ha estado fracasando continuamente. Por eso, cuando oyó hablar de ti, se las arregló para contratarte, indirectamente, en Hong Kong. Si realizas el trabajo recibirás una paga espléndida. Te puedo decir, ahora, que Orientman te recibirá esta noche, y que, después de haber vencido en esta situación, te encargará el trabajo.

—Vaya, ¿qué te parece? Supongo que no estás pre—| tendiendo engañarme… como a un chino.

Había en Tos negrísimos ojos de Kio Meing un feroz destello de burla, que sobrecogió a Dorothy.

—No… ¡Te juro que no!

—Está bien, vamos a seguir el juego. Ponte en pie… ¿Qué hacemos, ahora, con tus amigos? ¿Nos los comemos?

Meing ayudó a Dorothy a ponerse en pie, tirando suavemente, y señaló hacia el saloncito.

—Tengo que telefonear —dijo—. Después de lo que ocurriese aquí tenía que llamar para que viniesen a recoger tu cadáver…, o los de ellos tres, y hacerlos desaparecer.

—Pues has estado a punto de no poder hacer esa llamada, mi vida —relampaguearon los ojos de Meing—.. De acuerdo, llama.

Le dio una palmada en un seno, y cuando Dorothy se dirigió hacia el saloncito, otra en las posaderas. Ella volvió la cabeza, y le sonrió forzadamente.

Llegaron ante el teléfono, y Dorothy marcó un número, ante la impávida mirada de Kio Meing.

—Soy Dorothy —susurró ésta—. Tenéis que venir a recoger el material.

—Los nuestros. El invitado está conmigo.

—Sí, de acuerdo. ¡Adiós! Avisad para esta noche —colgó el auricular, y miró a Meing—, Vendrán dentro de unos minutos. Y todo estará preparado para recibirte esta noche.

Kio asintió con un gesto.

—Vamos a vestirnos —dijo—. Tú y yo nos vamos de aquí, ahora mismo.

—Pero…

—Ya ha sido suficiente con una trampa. No quiero más tonterías. Ni quiero discutir contigo… ¿Dónde se te ocurre que podemos esperar el resto del día?

—No sé. Bueno…, quizá en mi apartamento…

—Buena idea —sonrió Meing—: así podré continuar disfrutando de tus servicios…, si no tienes inconveniente.

—No —sonrió Dorothy—. Te aseguro que no. Al contrario. Me alegra mucho que podamos seguir juntos, Kio.

—¿De verdad? —se pasmó él.

—De verdad —susurró ella, colgándose de su cuello y adelantando su boca hacia la de él.

Tras el largo beso, Kio Meing deslizó sus manos por las rotundas formas femeninas, y Dorothy soltó una risita.

—Quizá todavía tendríamos tiempo de…

—No —negó él—. Prefiero salir de aquí, cuanto antes. Vamos a por la ropa.

Fueron al dormitorio, donde dos de los chinos yacían muertos, y el del brazo roto gemía, pasando de la consciencia a la inconsciencia a intervalos. El correctivo había sido tremendo, por supuesto. Kio Meing se acuclilló delante del hombre, y habló con él en chino.

—Dentro de poco vendrán a buscarte —dijo—. No te muevas, y así te evitarás males mayores. Te llevarán a un hospital, y quizá puedan dejarte en buenas condiciones.

—No —jadeó el chino—. No me dejes así… No.

—Lo siento, pero no puedo hacer más por ti. Me largo de este lugar ahora misino.

—No me dejes vivo… ¡No me dejes vivo! No quiero… enfrentarme a… al Hombre de Oriente… después del fracaso… Sería peor que haber muerto.

—No digas tonterías. Te llevarán a un hospital, donde…

—No… ¡No! Dame… dame una pistola… o una navaja… ¡Por favor!

Kio Meing se quedó mirando, durante unos segundos, al chino, cuyo crispado rostro estaba cubierto de sudor. No tenía ánimos ni para moverse, pues el menor gesto le producía tal dolor que lo colocaba al borde del desvanecimiento. Tras reflexionar, Meing se incorporó, y

recogió todas las armas de los tres chinos, menos una navaja, que quedó en el suelo. Las demás armas las metió en su maleta, debajo de la ropa. Ya vestido, cerró j la maleta, y miró a Dorothy, que también se había vestido rápidamente, y le esperaba, mirando de cuando en cuando al jadeante chino del brazo partido.

Kio Meing asió la maleta, y se dirigió hacia la puerta del dormitorio, haciéndole una seña a Dorothy para que le precediera… Al pasar junto a la navaja que había quedado en el suelo, un pie de Meing pareció tropezar casualmente con ella, de modo que el arma se deslizó por el suelo, y fue a quedar delante mismo del rostro del chino tendido en el suelo.

Como si no se hubiese dado cuenta de esto, Meing siguió caminando hacia la puerta. Salieron de la casa, se acomodaron en el coche, Dorothy al volante, y se alejaron de allí. Kio Meing ni siquiera volvió la cabeza. Ni le impresionó en absoluto el hecho de que, cuando llegasen los amigos de Dorothy iban a encontrar tres cadáveres, en lugar de dos.

Allá cada cual con sus decisiones.

CAPÍTULO IV

CUANDO sonó el teléfono, estaban los dos en la bañera, jugando con la espuma, riendo. Se quedaron inmóviles, mirándose. El teléfono volvió a sonar, y Kio Meing miró interrogante a Dorothy, que no parecía dispuesta a atender la llamada. Ella se llevó un dedito a los labios, y continuó silenciosa. El teléfono sonó cinco veces, antes de quedar silencioso.

—¿Por qué no has contestado? —preguntó Kio.

—Será mejor que nos duchemos ya —dijo ella.

Se pusieron los dos en pie, y se sometieron al chorro de la ducha… Así estaban, riendo de nuevo, cuando el teléfono volvió a sonar. Todo lo que hizo Dorothy fue cerrar el paso del agua, de modo que pudieron escuchar con claridad los tres timbrazos. Sólo tres timbrazos.

—¿Me ayudas a secarme? —pidió, mimosamente Dorothv.

En ello estaban cuando el teléfono sonó de nuevo. Una sola vez, en esta ocasión. Kio Meing ya ni se inmutaba, parecía no oír nada. Fue Dorothy quien explicó, por fin:

—Nos están esperando.

—¿Quiénes?

—Orientman. Cinco timbrazos, tres timbrazos, un timbrazo: la señal convenida para ocasiones como ésta. Debo llevarte ante él.

—¿De modo que el Hombre de Oriente ha sabido, en todo momento, que yo estaba aquí contigo?

—Naturalmente —rió Dorothy—. No es, precisamente, un tonto.

—Ya. Pero si él no hubiese llamado, tú lo habrías hecho a determinada hora, ¿no es así?

—¡Claro! Bueno, será mejor que nos apresuremos. El estará en el lugar de la cita dentro de una hora…, y no seré yo quien haga esperar a Orientman. ¿Te preocupa algo?

—No… Ya no —negó Meing—, Puesto que el Hombre de Oriente sabía que estaba aquí, y no ha enviado a nadie más a molestarme, supongo que significa que la cosa va en serio esta vez, y que, en efecto, quiere recibirme.

—Celebro que lo hayas entendido —suspiró Dorothy—, porque, de lo contrario, las cosas se habrían puesto difíciles.

—¿A qué te refieres?

—Cuando estemos cerca del lugar adonde vamos, tendré que vendarte los ojos, Kio. Y no sé si eso te habría gustado, antes de convencerte por ti mismo de que no habrá juego peligroso, esta vez.

—Me parece que no me habría gustado —frunció el ceño Kio.

—¿Y ahora?

—Tampoco me gusta…, pero aceptaré.

* * *

Finalmente, el coche se detuvo, y pocos segundos más tarde, el pañuelo negro que cubría los ojos de Kio Meing fue retirado. Junto al chino, Dorothy sonrió, comenzando a doblar el negro pañuelo.

—Bien venido a Pequeña Asia —dijo.

Kio Meing miró en torno. Era de noche, pero había una buena iluminación, alrededor. Una iluminación que permitía ver un hermoso jardín con grandes macizos de flores y grupos de cañas de bambú, a la izquierda. A la derecha, una hermosa casa cuyo frontispicio mostraba el adorno de un tejado de extremos curvados hacia arriba… Frente a la casa, esperaban dos sirvientes vestidos con pantalón y blusa de seda negra.

Sin decir palabra, Kio se apeó, imitando a Dorothy, que ya estaba rodeando el coche. Fueron juntos hacia la puerta ante la cual esperaban los dos sirvientes, por supuesto de raza china. Cada uno de ellos abrió una hoja de la amplia puerta, y entraron en la casa…, es decir, en un amplio patio interior que servía de vestíbulo. En el centro de aquel patio había un estanque con un surtidor de agua cristalina que rumoreaba suavemente, al caer. En las límpidas aguas, Kio acertó a ver peces de colores…

Cruzaron el patio, y salieron al otro lado de la casa, que se extendía en dos alas, a derecha e izquierda. Era enorme, y entre ambas alas había un jardín grandioso, en el centro del cual se veía una piscina modernísima, de formas redondeadas irregulares. Había más macizos de flores y bambúes, cerezos y mimosas. En el césped que rodeaba la piscina se veían parasoles de caña de bambú, con mesitas y asientos del mismo material. Las aguas de la piscina estaba iluminadas, de modo que el resplandor resultaba muy agradable alrededor, y permitía ver los detalles de arquitectura china en la casa construida alrededor de la piscina y el jardín, el cual se extendía más allá, hacia el frente, hasta irnos límites que Kio Meing no pudo calcular.

Uno de los criados, que habían precedido luego rápidamente a Kio y Dorothy, señaló hacia la parte derecha de la casa, que estaba iluminada. Mientras caminaban hacia allí, Kio Meing distinguió, entre la penumbra de la parte alejada del jardín, las sombras de tres hombres por lo menos. También delante del pabellón al que se dirigieron habían dos hombres más, naturalmente, chinos, ˆvestidos también de negro. El silencio era total.

—Esperad aquí —dijo uno de los chinos.

Entró en aquel pabellón, cerrando rápidamente la puerta, de modo que Kio Meing sólo pudo entrever un gran salón. El chino reapareció tres o cuatro minutos más tarde, y señaló a Kio.

—Tú puedes entrar.

—¿Y ella? —frunció el ceño, Kio.

—¡Oh, no te preocupes por mí! —sonrió Dorothy—. Pediré unas copas de champaña y me dedicaré a ver televisión, mientras te espero. ¿No es así, Tiu?

—Así es, señorita —asintió, sonriente, Tiu—, Con mucho gusto me encargaré de servirla, como siempre.

Km Meing miró de uno a otra, asintió, y entró en el gran salón. Apretó los labios para contener una sonrisa, pues la escenificación le pareció en verdad divertida, por lo exagerada. Frente a la entrada y un poco a la izquierda, había, adosados a la pared, una docena de sillones, de los cuales solamente cinco estaban ocupados, por hombres vestidos con largos quimonos de diferentes colores y adornos…, pero no tan largos que impidiesen ver los pantalones y los zapatos occidentales. Con todo, lo más notable de estos cinco hombres era las máscaras que cubrían sus rostros. Unas máscaras de diferentes colores, también, representando rostros chinos amables e ingenuos.

A la izquierda, ocupando un solitario sillón colocado también cerca de la pared de aquel lado, y cerca de una puerta que comunicaba con otras dependencias, interiores de la casa, estaba Buda. Es decir, un hombre cuyo rostro desaparecía bajo una careta completa, en forma de casco que cubría completamente su cabeza, y cuyos rasgos eran los de Buda. También aquel hombre vestía un largo kimono, de color negro…

—No se inquiete usted, Meing —habló el hombre con la máscara de Buda—. No está en una reunión de chiflados ni de fantoches. Las máscaras y las ropas son una sencilla precaución para que usted no pueda identificarnos fuera de aquí, si alguna vez nos encontramos. Una precaución que, espero, le parecerá razonable.

—Incluso inteligente —admitió Kio Meing—, ¿Usted es el Hombre de Oriente?

—Sí. Ellos son colaboradores de mis proyectos. Tengo muchos más,

naturalmente, pero no siempre están disponibles todos a la vez.

—Lo comprendo. Lo que no comprendo es por qué estamos hablando en inglés.

—Podríamos hablar en chino —dijo, amablemente, Orientman—, pero alguno de mis colaboradores quizá tendría pequeñas dificultades para captar los matices de la conversación. Todos somos chinos, pero no todos hemos nacido en China. ¿Lo comprende?

—¡Sí, claro!

—Me gustan las personas que se adaptan rápidamente a las situaciones, Meing. Y usted parece una de esas personas. Por otra parte, sería una tontería que usted me guardase rencor por lo de esta mañana. Ya que tan comprensivo es, en general, comprenderá que quisiera asegurarme de su calidad como luchador…, aunque no sé si eso le resultará suficiente para conseguir su objetivo.

—¿Cuál objetivo?

—Matar a un hombre.

Kio Meing frunció el ceño.

—¿Me han hecho venir de Hong Kong, sólo para matar a un hombre? —masculló—. Francamente, creí que el asunto era mucho más importante.

—No se precipite. En primer lugar, le diré que en varias ocasiones hemos intentado matar a ese hombre, sin resultado, claro está, ya que, finalmente, hemos recurrido a usted. Uno de mis colaboradores en asuntos de… eliminaciones había oído hablar de Kio Meing, el experto que residía en Hong Kong. Por medio de él, movilicé una serie de resortes que finalizaron con su— contratación indirecta en Hong Kong. Se me avisó, también indirectamente, de que Kio Meing había partido de Hong Kong, del día de su llegada… En fin, que las personas que le contrataron allí han terminado su parte, y yo le tengo a usted aquí, a disposición de Pequeña Asia, nuestra… ambiciosa organización. Espero que recibiría usted dinero suficiente para los gastos del viaje y esas pequeñas cosas.

—No hay problema en eso. El problema está en que creí que iba a ganar mucho dinero con este trabajo, pero ya veo que no es así, y eso, francamente, me molesta.

—¿Por qué cree que va a ganar poco dinero?

—Bueno, no creo enriquecerme matando a un solo hombre.

—Tenemos dos alternativas para usted —dijo, sosegadamente, el Hombre de Oriente—. Una de ellas consiste en que, una vez haya matado a la persona que se le indicará, cobrará cien mil dólares y podrá hacer luego lo que le convenga…

—¿Cien mil dólares? —exclamó incrédulamente, Meing—, ¿Por la vida de un solo hombre?

—La otra alternativa, consiste en cobrar doscientos cincuenta mil dólares, pero en ese caso implicaría su compromiso formal de seguir sirviendo a Pequeña Asia en exclusiva, de aquí en adelante. Bien entendido que los servicios que fuese usted realizando serían pagados, uno por uno, siempre en forma generosa.

—¿Está usted hablando en serio? ¿Doscientos cincuenta mil dólares?

—Todo lo que se hablará aquí es muy serio, Meing.

—Por doscientos cincuenta mil dólares esta vez, y razonables pagos por otros servicios, ustedes pueden contar conmigo en exclusiva y con toda seriedad, de aquí en adelante —dijo, enfáticamente, Meing.

—Muy bien. ¿Conoce usted algo referente a los proyectos de Pequeña Asia?

—No tengo ni la menor idea.

La máscara de Buda se volvió hacia la izquierda, y tras los orificios, los ojos miraron a los consejeros de Pequeña Asia. Hubo un breve conciliábulo entre éstos, y por fin uno de ellos se alzó en portavoz:

—Consideramos prematuro poner al corriente a Meing de nuestros proyectos, Orientman.

—Espero que Meing acepte esa decisión —se volvió de nuevo la máscara hacia el frente—. ¿De acuerdo, Meing?

—De acuerdo. No tengo prisa. Lo único que deseo es demostrarles cuanto antes mi eficacia, y cobrar esos doscientos cincuenta mil dólares… en efectivo.

—Está previsto todo. Su pasaporte es británico, ¿no es así?

—Sí.

—Arreglaremos las cosas de modo que usted pueda quedarse en Estados Unidos. Alquilará un apartamento, abrirá una cuenta corriente, tendrá un empleo que servirá de tapadera a sus actividades para Pequeña Asia… Todo será solucionado… después de que nuestro hombre haya sido eliminado.

—Denlo por muerto. ¿Quién es?

El Hombre de Oriente batió palmas, y al instante, la puerta que había a su izquierda se abrió, y apareció una bellísima muchacha de raza china, ataviada con un corto vestido muy sugestivo, pero de buen gusto, elegante. Parecía que no pudiese haber otra criatura tan preciosa como aquélla, pero, detrás de ella entró otra muchachea parecida, y luego otra, y otra, y otra, y otra… Seis en total. Seis preciosas muñequitas de porcelana, y sonrientes, encantadoras, jovencísimas. Parecían tener la piel de seda. Sus negros ojos, grandiosos, miraban con dulce sonrisa a todos lados. Absolutamente encantadoras.

Y eficientes.

En menos de un minuto, entre todas montaron una pantalla a un lado de Orientman, y delante un proyector; apagaron las luces, se aseguraron de que las persianas estaban cerradas…

—¿Quiénes son ellas? —preguntó, en la oscuridad, Kio Meing.

Le llegó la voz del Hombre de Oriente:

—Son la flotilla de complacencia de los visitantes distinguidos de Pequeña Asia. Y, en todo momento, mis servidoras personales. Preste atención a la pantalla, Meing.

Apareció el rostro de un hombre, en colores. Un chino de unos cincuenta años, de facciones inteligentes, distinguidas, suaves. Sus cabellos eran grises. Sus ojos, un tanto cansados, miraban con una extraña expresión de increíble amabilidad, de dulzura…

—Su nombre es Liung Tse —sonó, de nuevo, la voz del Hombre de Oriente—, y la determinación de eliminarlo proviene de su negativa a participar en los planes de Pequeña Asia. Liung Tse es un hombre riquísimo, que se mueve en ambientes de gran influencia social, política y económica. Uno de los pocos chinos que han conseguido triunfar en Estados Unidos…, posiblemente por sus grandes contactos con la madre China. Como quiera que sea, es respetado, y tiene grandes influencias en muchas esferas. Naturalmente, un hombre así es de todo punto imprescindible para Pequeña Asia, así que fue entrevistado a su debido tiempo y adecuadamente puesto al corriente de lo que se esperaba de él. Se negó en redondo a apoyar a Pequeña Asia, así que nuestro consejo decidió… darle un pequeño susto a fin de que reflexionase. Simulamos un atentado, para que comprendiese que podíamos haberlo matado, y que eso haríamos si no cambiaba de decisión. La respuesta de Liung Tse fue procurarse una vigilancia personal que ha demostrado ser altamente eficaz, ya que, posteriormente, por tres veces nuestros asesinos han fallado en sus intentos…

—Eso significa, claro, que Liung Tse está al corriente de que quieren matarlo.

—En efecto.

—¿Y no les ha denunciado a la Policía?

—Ha tenido el buen sentido de no hacerlo. Por una parte, no habría podido acusar a nadie en concreto, ya que se tomaron precauciones para que no identificase a nadie en la primera entrevista. Por otro lado, la Policía seguramente no le habría hecho mucho caso; seguramente habrían considerado que Pequeña Asia era una de tantas sectas con proyectos descabellados a los que no había que hacer caso. Así que Liung Tse ha tomado medidas por su propia cuenta.

—¿En qué sentido?

—Sabemos que está reclutando gente de nuestra raza con el fin de organizar un grupo que nos impida seguir adelante. No podemos permitirle eso de ninguna manera, ya que todos aquellos que se pongan de su parte no sólo serán una molestia para Pequeña Asia, sino que dejarán de engrosar nuestra organización. De modo que vamos a eliminar de una vez por todas al poderoso y prestigioso Liung Tse, y de este modo conseguiremos no sólo castigarle, sino impedir que vaya poniendo, en contra nuestra, a muchos chinos de relativa importancia.

—Entiendo. ¿No se les ocurrió contratar asesinos de raza blanca? Tengo entendido que los hay muy eficaces en Estados Unidos.

—Cierto. Pero contratar a esa clase de gente habría significado comprometernos con determinadas organizaciones norteamericanas, y ni mucho menos es ésa nuestra intención. Este es un proyecto exclusivamente chino, Meing. Por eso se le contrató a usted en Hong Kong.

—¿Por ser chino?

—Sí. Esperamos que todos aquellos a los que nosotros consideremos dignos de formar parte de Pequeña Asia acepten inmediatamente la oferta. Por eso, nos ha dolido tanto la negativa de Liung Tse, un chino. Creo que debemos hacer un escarmiento con él,

—Entiendo. No se trata sólo de matarlo, sino de hacer comprender a otros chinos que pretendan negarse a colaborar con Pequeña Asia lo poco conveniente de esa negativa.

—Exacto. Nos gustaría… que la muerte de Liung Tse fuese… ejemplar. Digamos, una muerte que demostrase a otros que cuando Pequeña Asia condena a alguien a morir, nadie puede impedir que se lleve a cabo esa sentencia.

Kio Meing sonrió.

—Lo que ustedes desean es un asesinato audaz y artístico, que dé una clara muestra del infinito poder de Pequeña Asia.

—Magnífica interpretación de nuestros deseos, Meing. ¿Cree que puede complacernos?

—Preparen los doscientos cincuenta mil dólares. Y ahora, díganme más cosas de Liung Tse: qué hace, dónde vive, cuáles son sus horarios y costumbres, cuántos hombres le protegen…

El Hombre de Oriente batió palmas, y la película, que había quedado en foto fija, continuó. Apareció una hermosa casa rodeada de jardín.

—Liung Tse vive en esta casa, sita en el doce mil quinientos ocho de Topanoga Canyon Boulevarrd, en San Fernando Valley. No haga caso de su bucólico aspecto: es una auténtica fortaleza, desde que atentamos contra él. Un ataque a esa casa significaría algo así como una pequeña batalla…, que no nos conviene en absoluto. No nos

gustan esos medios espectaculares. Tiene que ser algo… elegante y fulminante. Limpio y claro. En cuanto a Liung Tse, naturalmente, pasa la mayor parte del día en Los Angeles, donde debe atender sus muchos negocios. Por supuesto que siempre va rodeado de una guardia discretísima, pero impenetrable…

—Eso ya se verá —dijo, secamente, Meing.

—Sobre todo, Meing, no menosprecie a esos hombres. Pero sigamos. Con Liung Tse vive su hija, la joven y encantadora Lai Mi, una brillante universitaria que hace poco terminó sus estudios en la Universidad de Los Angeles. Inmediatamente, y de acuerdo a los deseos de la muchacha, su padre abrió para ella una escuela privada exclusivamente para chinos, donde Lai Mi enseña el idioma chino a los de nuestra raza que sólo hablan inglés, les soluciona problemas diversos, les enseña historia de China paralelamente a la de Estados Unidos y el respeto que merece este país que acepta ciudadanos de raza china, y cosas todas ellas relacionadas con la convivencia entre las razas. Además, realiza traducciones de obras chinas al inglés y de obras norteamericanas al chino. Es una jovencita con una mentalidad maravillosa, que, por supuesto, significaría una prestigiosa adquisición para Pequeña Asia. La escuela privada en cuestión la tiene ahora en pantalla. Es como una casa jardín, de ambiente agradabilísimo… Está en Santa Mónica, en el seiscientos setenta y cuatro de Palisade Avenue. Y aquí tenemos a Lai Mi. Como puede comprobar, su encanto personal…

Kio Meing dejó de oír la voz del Hombre de Oriente al ver, de pronto, la imagen de Lai Mi en la pantalla, j Todos sus sentidos quedaron anulados, excepto la vista. Quedó como petrificado, como si dentro de su cuerpo no hubiese absolutamente nada. No sentía nada. Sólo veía a Lai Mi, cuya belleza era impresionante. El rostro, ovalado, ofrecía a primera vista la dulzura de una sonrisa que parecía llenarlo todo de luz. Grandes ojos, boca redonda, nariz recta, frente despejada. La negra melenita era como un marco de seda para el más bello rostro chino que Kio Meing había visto en su vida.

—…Muchísimos amigos para Lai Mi, que, claro está, serían otros tantos adeptos para Liung Tse si llegase el momento de un enfrentamiento entre él y nosotros. Vamos a ver, ahora, el sistema de protección que Liung Tse ha montado a su alrededor, y al de su hija, aún más importante que para sí mismo. Cada vez que ellos se desplazan…

La imagen del rostro de Lai Mi había desaparecido de la pantalla, pero Kio Meing continuaba viéndola en su mente. Las explicaciones de Orientman eran como un lejano rumor, solamente. Desde el primer momento, a Kio Meing le había desconcertado un poco el extraño tono de voz del Hombre de Oriente, vibrante y metálico, pero incluso este

desconcierto desapareció. Toco se borraba de su mente, excepto la imagen de Lai Mi.

* * *

Dorothy apartó su mirada de la pantalla del televisor, cuando vio junto a ella la forma humana. Alzó la mirada, y sonrió a Meing.

—¡Hola! —exclamó alegremente—. ¿Habéis llegado a un acuerdo?

—Claro.

—Estupendo. ¿Quieres una copa de champaña?

—No. Tenemos que irnos.

—Muy bien. Supongo que a mi apartamento.

—No puede ser. Tengo que buscarme un alojamiento para mí solo. Luego te llamaré para decirte dónde estoy y, por el momento, tú y yo tenemos que dejar de vernos. Ordenes de Orientman.

—Las órdenes de Orientman son indiscutibles —se resignó Dorothy —. Y lo siento, porque estaba gozando mucho contigo.

—Podremos continuar viéndonos cuando termine este trabajo, supongo —sonrió Meing.

—Naturalmente —sonrió también ella, poniéndose en pie y tomándose de su brazo—. Bien, vamos al coche. Ya sabes que tendré que vendarte de nuevo los ojos.

—No me importa. Sé que, dentro de poco, gozaré de toda la confianza del Hombre de Oriente, y me convertiré en alguien importante dentro de la organización.

—Sin duda más que yo, que sólo soy una… azafata —suspiró Dorothy—. ¿Qué clase de instrucciones has recibido?

—Yo nunca recibo instrucciones para mis trabajos —replicó, un tanto secamente, Kio Meing—: siempre exijo carta blanca y confianza absoluta en mis métodos. Y Orientman ha estado de acuerdo.

—Después de lo que te vi hacer frente a tres hombres, no me sorprende —se estremeció Dorothy—, Bueno, vamos a mi apartamento para que recojas tus cosas, \ una vez te hayas instalado donde tú mismo elijas, ya me informarás, a fin de que yo informe a Orientman y sepamos dónde encontrarte en cualquier momento.

Un minuto más tarde, en el coche de Dorothy, abandonaban Pequeña Asia.

* * *

—¿Has tomado nota? —preguntó, finalmente, Kio Meing.

—…

—De acuerdo. Pues eso es todo, Dorothy. Hasta la vista.

Kio Meing colgó el auricular, y quedó pensativo. Se acercó a la pequeña terraza del apartamento que había alquilado hacía apenas unos minutos, en Santa Mónica, muy cerca de la escuela que Liung Tse había instalado para su hija, la bellísima y dulce Lai Mi. Era un apartamento pequeño, con una sola habitación, cocina, cuarto de baño y un saloncito, en el que se hallaba en aquel momento.

Tras reflexionar un par de minutos, Kio Meing volvió ante el teléfono, descolgó el auricular, y marcó un número.

—¿…?

—Quiero hablar con Makio Ueno —murmuró.

—…

—¿Eres tú? Bien, yo he llegado esta mañana en barco, procedente de Hong Kong. ¿Te dice esto algo?

—…

—Bien. Sí, convencido.

—¿…?

—Todo ha ido bien. Incluso he hecho ya contacto, y todo el asunto está en marcha. Necesito tu colaboración, Makio. Tienes que localizar el lugar donde está instalado el teléfono 555 − 3.972.

—…

—Ya supongo que no va a ser fácil, pero tampoco tengo una prisa especial. Mientras te dedicas a ello, yo iré ganando tiempo. Creo que ahí, en ese lugar, está el Hombre de Oriente.

—¿…?

—Fui recibido por una mujer llamada Dorothy que en determinado momento llamó a ese número desde un chalé al que me llevó. Luego he estado en una quinta a la que llaman Pequeña Asia, pero ella me llevó con los ojos vendados, de modo que tampoco sé dónde está…

—No nos precipitemos. Sé perfectamente que podría haber obligado a Dorothy a decirme dónde está la quinta, y dónde está el teléfono al que llamó. Pero quizá una acción violenta por mi parte, contra ella, podría provocar la alarma. De modo que vamos a dejar tranquila a Dorothy, y así, mientras nosotros vamos trabajando, el Hombre de Oriente estará tranquilo y confiado. Y aún estará más tranquilo y confiado si llevo a cabo mi plan, con el que él quedaría altamente satisfecho. Nada de precipitaciones, ¿comprendido?

—Eso es. Por el momento, eso es todo.

—…

—No, no. Prefiero que no sepas dónde estoy. Ni siquiera voy a facilitarte mi número de teléfono, pues podrías llamarme en un momento inoportuno… Además, los riesgos directos quiero correrlos yo solo. Si sucede algo importante, seré yo quien te llame a ti.

—¡…!

—Puede que sea una imprudencia, sí —vaciló Meing—. Y además, en efecto, si algo me ocurre, toda la pista se perderá… Está bien, toma nota de mi dirección y teléfono. Y de la dirección y teléfono de Dorothy. Pero insisto: no intervengáis cerca de nosotros, a menos que yo no te llame dentro del plazo de tres días. Si tal sucediera, significaría que habría muerto. En ese caso, decidid vosotros lo que debéis hacer. Bien, ¿tomas nota…?

CAPÍTULO V

LIUNG TSE desdobló la nota que acababa de pasarle su secretaria, y, al ver lo que había escrito en ella alzó las cejas con un gesto de sorpresa. Podía esperar que hubiese un simple nombre, una frase, unos caracteres chinos… Pero nunca podía haber esperado ver aquel dibujo.

Era una estrella negra de seis puntas; en el centro, como si la estrella fuese un rostro, había dos orificios en blanco que figuraban unos ojos de extremos alzados con gesto de furia; la boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo, en claro gesto hosco, hostil, incluso amargo.

—¿Qué es esto? —gruñó, mirando a su secretaria.

La muchacha encogió los hombros, con un gesto juvenil y simpático. Liung Tse tendió el papel a su socio y amigo, Lo Seng, que estaba sentado cerca de él en otro confortable sillón. Lo Seng estaba de visita en el despacho de Liung Tse, resolviendo asuntos rutinarios de sus empresas, cuando había llegado la nota. Sobre la mesa, documentos de toda clase para la firma de Liung Tse, director general de las empresas en las que ambos participaban, sumando entre los dos mayoría de acciones.

Lo Seng, un chino de mediana estatura, rechoncho, de rostro bonachón, llevaba lentillas de contacto, y por un momento creyó que le estaban jugando una mala pasada y que debía volver a utilizar gafas normales. Pero no. Las lentillas estaban bien colocadas ante sus negros ojos, y la visión que conseguía con ellas era normal, perfecta. Lo Seng movió la cabeza con gesto de perplejidad, y miró a la secretaria.

—Pero…, ¿quién es ese hombre? —preguntó.

—¿Y qué quiere? —añadió Liung Tse.

—No ha dicho su nombre, ni qué quiere. Sólo puedo decirles que habla perfectamente el chino, que desea ver al señor Tse, y que asegura que es importantísimo que le reciba. Está en la salita de espera, con dos de los acompañantes del señor Tse.

Liung Tse quedó meditativo unos segundos. Luego, miró al atlético

y elegante chino que, al fondo del espacioso despacho, leía una revista, acomodado en un sillón. Es decir, había estado leyendo hasta que entró la secretaria. A partir de ese momento, sus ojos no perdían detalle de lo que sucedía allí dentro. Liung Tse le hizo una seña, y el apuesto chino se acercó rápidamente.

—Acompaña a Pin adonde espera ese hombre —dijo Tse—. Asegúrate de que no lleva armas, y luego acompáñalo aquí.

El chino asintió, y se retiró acompañando a la bella Pin. Un par de minutos más tarde, el chino reapareció, acompañando a otro chino, joven, atlético, de rostro atractivo adornado con un bigote de guías caídas. Detrás de él, entró otro de los protectores de Liung Tse, que se dirigió en silencio y muy discretamente a un rincón, siempre fija su mirada en el recién llegado.

Este era contemplado inexpresivamente por Liung Tse y Lo Seng.

—Acérquese —dijo Liung Tse—. ¿Cuál es su nombre y qué desea usted?

—Mi nombre es Kio Meing —dijo éste, acercándose—, y he sido contratado por el Hombre de Oriente para asesinarlo a usted, señor Tse.

Liung Tse fue quien menos se sobresaltó. Su socio emitió un fuerte respingo, y los dos guardaespaldas, en una fracción de segundo, empuñaron sus pistolas con silenciador acoplado, apuntando a Kio Meing, al que se acercaron para controlar mejor.

—Muy interesante —dijo Liung Tse—. ¿Qué más?

—¿Conoce usted el significado del dibujo que le ha pasado su secretaria?

—No. ¿Qué significa?

—Es el emblema distintivo de la KuW Arashi, una organización que dirige un hombre excepcional, desde su casa-jardín donde vive retirado. Todos los que trabajamos para ese hombre, para la Negra Tempestad, somos practicantes de Artes Marciales. Budokas, si usted entiende esto en japonés. ¿Conoce algo de Budo?

—Sé que es un código de honor que…

—No, e1 Budo son las artes de la guerra, o artes marciales. Es decir, el compendio de diversas Artes Marciales. Los que practicamos estas artes como son el judo, el karate, el kendo, el aikido, el kyudo, y otras, somos budokas. El código de honor que usted mencionaba se llama Bushido; que significa, como ya habrá comprendido, código de honor del guerrero, en este caso código de honor del budoka.

—Sí, sí, entendido… ¿Y cuál es su especialidad dentro de las Artes Marciales, señor Meing?

—Soy Cuarto Dan de Judo, Tercer Dan de Aikido, Segundo Dan de Karate, experto en Nunchaku, Bo, Sai, Tonta, y tengo muy aceptable

habilidad con el sable y el cuchillo. Además de eso, últimamente estuve más de dos años en China continental, en el interior, aprendiendo Kung Fu y Kem-Po.

Liung Tse y Lo Seng contemplaban a Kio Meing con la boca abierta, mientras que los dos guardaespaldas, cada vez más fruncido el ceño, parecían a punto de apretar el gatillo de sus armas.

—Supongo —murmuró Liung Tse, por fin— que acumular toda esa serie de conocimientos no debe ser nada fácil, señor Meing. Pero sigo sin comprender el motivo de su visita. ¿A qué se dedica esa organización a la que usted pertenece, la Negra Tempestad?

—Exclusivamente a la lucha contra el mal, en cualquiera de sus manifestaciones.

—Según eso —frunció el ceño, Liung Tse—, la organización del Hombre de Oriente y la Negra Tempestad son antagónicas.

—Antagónicas por excelencia. No puede haber en el mundo dos actitudes más opuestas.

—Sin embargo, usted, que asegura pertenecer a Negra Tempestad, dice haber aceptado el encargo del Hombre de Oriente para matarme. ¿Cómo podemos entender eso?

—Obviamente, señor Tse, estoy engañando al Hombre de Oriente, con el fin de introducirme en su organización y destruirla, si ése es el fin que merece. Y para engañar al Hombre de Oriente estoy usurpando la personalidad de un asesino chino llamado Kio Meing al que unos compañeros míos de Hong Kong estaban vigilando últimamente. Mi verdadero nombre es Ah Kung.

—Ya… ¿Y dónde está el verdadero Kio Meing?

—Lo maté en su camarote del barco en el que ambos llegamos a Los Angeles. Luego, un empleado del barco, compañero mío, se hizo cargo de su cadáver, y en estos momentos posiblemente esté en el fondo del mar, o haya sido desembarcado y esté enterrado en cualquier lugar. Eso ya no era cuenta mía. Yo ocupé el lugar de Kio Meing, fui recibido como tal, y anoche me entrevisté con el Hombre de Oriente, quien me ofreció doscientos cincuenta mil dólares por matarlo a usted.

—¿Pero usted no piensa matarme?

—Claro que no. Sin embargo, sí debe parecer que le he matado, señor Tse, ya que ése será mi… pase libre hacia las interioridades de Pequeña Asia, a fin de destruirla.

Lo Seng soltó un bufido.

—¡Este hombre está loco! —exclamó—. ¡Liung, creo que debes desembarazarte de él antes de que…!

—Tranquilízate —murmuró Liung Tse—. Deseo seguir escuchando al señor Meing… o Kung. Siéntese y siga hablando, señor Kung. Pero,

por favor, empiece desde el principio.

Ah Kung asintió, se sentó en una butaca, reflexionó unos segundos para recoger el hilo de la trama, y empezó:

—Un compañero budoka japonés, al que llamaremos Shingo, y residente en Hong Kong, llevaba tiempo vigilando las actividades de Kio Mein, quien no sólo se dedicaba a actividades deshonestas de diversas clases, sino que, al parecer, había llegado incluso al asesinato, convirtiéndose en un profesional. Una noche, un chino visitó a Kio Meing en un sampán donde éste tenía uno de sus escondrijos, y estuvo con él mucho rato. Cuando el chino salió…

* * *

«—Ahí sale el chino —murmuró Shingo, volviéndose hacia sus dos compañeros.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de éstos.

—Tú quédate vigilando a ver qué hace Kio Meing. Nosotros vamos a encargarnos del chino.

El chino se alejaba tranquilamente del sampán, después de su entrevista con Kio Meing. Detrás de él, sin que se percatase, iban Shingo y un compañero budoka. Muy pronto, aprovechando lo adecuado del lugar Shingo y su compañero se acercaron al chino, y lo sorprendieron asiéndolo cada uno por un brazo, fuertemente. El chino respingó, y quiso detenerse, pero fue empujado, sin violencia.

—Sigue caminando —ordenó Shingo—, Detrás vienen otros dos amigos, que pueden arrancarte los riñones de una sola cuchillada si te pones difícil.

El chino optó por seguir la corriente de la peligrosa situación. Y así, siempre con el temor de sentir en su espalda el frío del acero, fue llevado a otro sampán, alejado del de Kio Meing. Cuando vino a darse cuenta estaba tendido en un camastro mugriento, al que fue rápidamente amarrado. Shingo hizo una seña a su amigo, que buscó en un lugar del sampán y regresó con un wakizashi. A la luz del quinqué, el chino se quedó mirando con expresión asustada aquella espada corta y robusta, reluciente. El hombre que la empuñaba se acercó a él y apoyó la punta en su garganta. Luego, miró a Shingo, que le hizo un gesto de espera, y se dirigió al ya aterrado chino:

—Todavía puedes salvar la vida si nos dices en qué clase de trampas has metido a nuestro amigo Meing —dija Shingo.

—¿Qué… qué…? —tartamudeó el chino.

—Es inútil que finjas —movió la cabeza Shingo—: estamos al corriente de que Meing va a ser traicionado por uno de sus amigos, y de que ese amigo lo visitaría esta noche, para delatar su posición a los

enemigos de Mein. ¿Vas a negarnos que esta noche has visitado a Kio Meing en su sampán?

—No… ¡Pero yo no le he traicionado! ¡Podéis preguntarle al propio Meing!

—Tonterías —dijo el que empuñaba el wakizashi—. Vamos a cortarle las manos y los pies, y lo dejaremos en el muelle, para que los demás tengan un buen escarmiento…

—¡No! —chilló el chino—, ¡Soy amigo de Meing, preguntarle por mí, preguntarle por Tei Sun! ¡He estado en su sampán para proporcionarle un gran beneficio, no para traicionarle! ¡Preguntarle a él!

Shingo y el otro se miraron. Shingo frunció el ceño, y masculló:

—Te estamos preguntando a ti, ahora: ¿qué clase de beneficio le has proporcionado a Kio Meing?

—Le he proporcionado un importante contrato para Estados Unidos… ¡Va a ganar mucho dinero con ese contrato!

—¿De verdad? —sonrió amablemente Shingo—. Eso nos gusta mucho, Tei Sun. Pero sucede que Kio Meing no nos había dicho nada sobre que tuviese pendiente un contrato importante… ¡Y mucho menos, en Estados Unidos!

—¡Os estoy diciendo la verdad!

—¿Sabes? —refunfuñó el amigo de Shingo—, Además de cortarte las manos y los pies, vamos a cortarte tus cosas de hombre, por embustero.

—No, no —negó Shingo—. A los embusteros lo que se les corta es la lengua, no eso. Pero… ¿y si dice la verdad? Kio se enfadaría mucho con nosotros si le hiciésemos daño a una persona que le ha proporcionado grandes beneficios… ¿Qué clase de contrato es ése, amigo Tei Sun?

—Es un contrato… de su especialidad. Sé que Meing tiene que embarcar dentro de cinco días para Los Angeles, donde le están esperando para darle las instrucciones exactas. Yo no sé más, salvo que, según parece…

—¿Cómo, que no sabes nada más? —se mosqueó Shingo.

—El contrato llega por procedimientos indirectos. Yo soy el último eslabón: he contratado a Meing, he ˆobrado mi parte, y eso es todo. No sé nada más.

—¿Quieres decir que sólo con esos datos, Meing ha aceptado viajar a Estados Unidos? Pues debe haberse vuelto idiota, amigo Sun.

—Bueno… La verdad es que… Bien, no se lo he asegurado a Meing, pero tengo entendido que la persona que lo contrata en Los Angeles es muy importante, y que tiene una poderosa organización. Parece que se le conoce como el Hombre de Oriente.

—Ya. Es decir, que el desalmado Meing va a hacer un trabajo para una organización tan desalmada como él mismo, que opera en Estados Unidos.

—Eso tengo entendido. ¡No sé más! Y he dicho la verdad, preguntadle a Meing…

Tei Sun volvió la cabeza vivamente hacia la entrada, donde acababa de aparecer otro hombre. Era el compañero de Shingo que se había quedado vigilando el sampán de Kio Meing. Miró a Tei Sun, sonrió, y preguntó:

—¿Cómo va el interrogatorio? ¿Difícil?

—En absoluto —sonrió Shingo—: lo hemos enfocado amablemente, y el amigo Tei Sun ha sabido agradecerlo. ¿Por qué no estás vigilando a Meing?

—Ha salido del sampán, y ahora está cenando en un restaurante cerca de aquí. Me ha parecido que tenía tiempo de sobra de ver cómo van las cosas con este amigui— to… Si no fuese porque sé que Ah Kung está en China, creería que es él mismo cada vez que veo a Meing.

—Sí, se parecen muchísimo —dijo Shingo—… en lo, físico, solamente.

—Lo suficiente para que cualquier día Ah Kung se lleve un disgusto si alguien lo confunde con Meing. Bueno, ¿qué os ha contado este tipejo?

—Parece que el criminal Kio Meing piensa emprender viaje a Estados Unidos, en barco, dentro de cinco días, donde…

El último en llegar escuchó la breve explicación, mientras el prisionero iba mirando de uno a otro, comprendiendo, ya sin lugar a dudas, el engaño de que había sido objeto. Su rostro estaba demudado por la rabia…, y por el temor, al comprender que aquellos hombres no eran precisamente amigos de Kio Meing, sino que andaban tras él, a la espera de cazarlo en algo realmente malo, algo que pudiese ser probado…, para tranquilizar así sus conciencias antes de eliminarlo…

—Habrá que comunicar todo esto a Sensei —dijo, finalmente, Shingo—: que él decida si le cortamos la cabeza a Meing aquí en Hong Kong o le dejamos viajar a Estados Unidos…, para que se la corten allí nuestros compañeros. Yo me encargaré de avisar a Sensei inmediatamente.

—¿Qué hacemos con el amigo Tei Sun?

Shingo reflexionó largamente, antes de decidir:

—Aquí no podemos dejarlo, pues quizá durante el día algún niño se cuele en el sampán por una ventana… Tampoco podemos dejarlo marchar. Ni nos conviene entregarlo a la Policía, ya que informaría a ésta de todo, y perturbaría nuestro trabajo relacionado con Kio Meing.

Lo llevaremos a la choza de Kowloon, y lo tendremos allí hasta que sepamos que el asunto Meing ha sido terminado. Tú vuelve a vigilar a Meing. Nosotros llevaremos a Tei Sun a Kowloon.

—Bien.

El bitdoka encargado de la vigilancia de Kio Meing abandonó el sampán. Shingo hizo una seña al otro, que cortó las cuerdas que sujetaban a Tei Sun, utilizando el wakizashi, mientras conversaba con Shingo:

—Quizá deberíamos ir a Kowloon en el sampán. Así no tendríamos que pasear por ahí a Tei Sun. ¿Qué te parece?

—No. Lo llevaremos al almacén de Takeo, y cuando envíe mercancías con el transbordador, meteremos a Sun en alguna caja grande.

—Buena idea. Cuando hayas avisado a Sensei iremos a…

Parecía todo tan fácil, que el compañero de Shingo se descuidó excesivamente. Cuando vino a darse cuenta, Tei Sun se había incorporado, lanzando un alarido, y sus manos le arrebataron veloz y bruscamente el wakizashi. Antes de que Shingo o el otro pudieran reaccionar, la corta y robusta espada cayó con todo su peso en busca de la cabeza de su anterior usuario, que lanzó un grito, se apartó velozmente, y consiguió que el filo cayese sobre su hombro derecho en lugar de acertarle en plena cabeza.

El golpe, y el instinto de conservación, empujaron al amigo de Shingo hacia atrás. Cayó rodando por la sucia cubierta del sampán, mientras Tei Sun, de dos rápidos tajos, terminaba de cortar las cuerdas que le sujetaban y, de un salto, se ponía en pie junto al camastro, delante de Shingo, que se disponía a ayudar a su compañero.

Fue éste quien gritó el aviso:

—¡Cuidado, Shingo, ya está libre…!

Shingo se volvió, vio venir el centelleante acero, y se inclinó velozmente. La hoja del wakizashi pasó silbando por encima de su cabeza, rozando sus cabellos, mientras, llevado por el impulso del mandoble, Tei Sun giraba ante Shingo, terminaba velozmente el giro, y lanzaba otro mandoble, que Shingo esquivó con más facilidad, puesto que se hallaba ya más prevenido y mentalizado para la pelea. Tei Sun lanzó una horrenda maldición cuando el golpe falló, empuñó con más fuerza el mango del wakizashi, adelantó hacia Shingo, y lanzó otro golpe, fortísimo, velocísimo…

Shingo saltó hacia un lado, y de nuevo la hoja de acero pasó casi tocando su cuerpo, con seco silbido. En el suelo, sangrando profusamente, demudado el rostro, su compañero se arrastraba hacia Tei Sun, farfullando maldiciones hacia el chino…, que se volvió hacia él de pronto, lo miró, y por sus ojos pasó un relámpago de odio, de

furia satánica. Dio dos pasos acudiendo al encuentro del amigo de Shingo, alzó el arma, dispuesto a partir en dos aquella cabeza…, y ése fue el momento en que Shingo saltó hacia él. Cayó sobre su espalda, y, mientras con un brazo sujetaba el brazo armado de Tein Sun, con el otro rodeó su cuello rápidamente.

—¡Quieto! —jadeó—. ¡Quieto o te rompo el cuello…!

Tei Sun desistió de decapitar al amigo de Shingo. Lo que hizo fue cambiar de dirección el wakizashi tras empuñarlo rápidamente con la mano izquierda: la punta del arma se dirigía hacia atrás, hacia el costado izquierdo de Shingo…

Pero éste se dio cuenta; soltó el brazo derecho de Tei Sun, lo colocó en la nuca de éste, y, apoyándose en la presión que ya ejercía en la garganta del chino, apretó más. Fue un gesto veloz, seco. Se oyó un crujido, y en el acto Tei Sun soltó el wakizashi y quedó colgando, fulminantemente muerto, de los brazos de Shing— go…

* * *

—Es el relato más fantástico que he oído en mi vida —dijo Liung Tse —. ¿No estás de acuerdo, Lo?

Lo Seng, que parecía fascinado escuchando a Ah Kung, tardó algunos segundos en responder, tras un evidente esfuerzo por sustraerse a la fascinación que sentía.

—Sí —admitió—. Es tan fantástico… que hasta podría ser verdad. ¿Qué más pasó luego, señor Kung?

—Ya se lo he dicho a ustedes —gruñó el falso Kio Meing—: Shingo avisó a Sensei…

—¿Quién es Sensei? —interrumpió Liung Tse—. Sé que esa palabra significa en japonés Maestro, y que se aplica precisamente a quienes alcanzan altos grados y gran prestigio en la enseñanza de las Artes Marciales, pero… ¿quién es ese hombre?

—¿Su nombre? —sonrió Ah Kung—. No hay necesidad de mencionarlo, señor Tse. Sepa solamente que Sensei vive retirado de las ambiciones humanas, en su casa con jardín, dedicado a la meditación y a organizar ayuda para quien la necesite, utilizándonos a nosotros, a los que de un modo u otro lo tuvimos como maestro en alguna ocasión. Como les decía, Shingo avisó a Sensei, quien decidió que me llamasen al lugar de China donde yo estaba aprendiendo Kung Fu. Regresé a toda prisa a Hong Kong, con el tiempo justo para adquirir pasaje en el mismo barco que Kio Meing. El resto ya lo saben.

—Pero… alguien debe estar buscando a Kio Meing ahora, ya que él no desembarcó.

—Sí, desembarcó —sonrió Kung—. Mi parecido con él es tanto,

que con unos cuantos retoques en mis facciones, yo desembarqué en su lugar, utilizando su pasaporte.

—En ese caso.,. deben estar buscando al pasajero Ah Kung.

—Que lo busquen —sonrió, de nuevo, Ah, Kung—. Lo importante era que yo fuese recibido como Kio Meing, para que me llevasen ante el Hombre de Oriente. Y eso ya ha sucedido.

—Y ahora tiene usted que matarme —deslizó Liung Tse.

—Así es.

—Pero no piensa hacerlo.

—No. Sólo lo simularemos.

—Por lo que yo entiendo —intervino Lo Seng—, usted da por sentado que nosotros hemos creído todo lo que ha querido contamos, y que ahora haremos lo que usted diga. ¿No es así, señor Kung?

—Sería lo mejor para todos. ¿Y usted quién es?

—¿Yo? —se sofocó de indignación Lo Seng—, ¡Qué demonios se ha creído…!

—Él es mi socio y amigo, Lo Seng —casi rio Liung Tse—. Y como es lógico, siente preocupación por mi actual situación bajo la amenaza continua y los ataques de Pequeña Asia. ¿Qué sugiere usted exactamente que hagamos, señor Kung?

—No le va a gustar —murmuró Ah Kung.

—En ese caso, no aceptaría su propuesta —contestó amablemente Liung Tse—. Bien, le escuchamos: ¿qué sugiere que hagamos, con el fin de simular mi muerte?

—Tendremos que utilizar a su hija para…

Liung Tse palideció bruscamente, y se puso en pie.

No —cortó—. Y es inútil que diga nada más, señor Kung. La conversación ha terminado. Buenos días.

—¡Y dese por satisfecho con salir de aquí con vida1 —casi le gritó Lo Seng, lívido de furia.

CAPÍTULO VI

LAI MI estaba sentada ante su mesa de despacho, situada al fondo de la escuela-librería cuando entró el anciano chino en ésta. La escuela era un amplio local, muy agradable, adornado con flores y bellos cuadros, reproducciones de maestros chinos. A la derecha, toda la pared estaba ocupada por estanterías llenas ce libros.' A la izquierda, un amplísimo ventanal, con una puerta en el centro, que permitía salir a un hermoso jardín soleado. Y al fondo, sobre una tarima a la que se accedía subiendo tres escalones, la mesa de Lai Mi. Detrás de ésta, fotografías de hermosos lugares de China, y de Estados Unidos. Ocupando el centro del local, largas mesas y bancos, en los que siempre había chinos de ambos sexos y todas las edades leyendo libros, revistas, atlas geográficos…

En el jardín, pero mirando hacia el interior de la singular escuela, había dos hombres. Afuera, en la calle, otro chino más, dentro de un coche, siempre mirando hacia la entrada. Y en ésta, de pie, otro chino hercúleo, de mirada impasible, que no perdía detalle de lo que ocurría dentro y fuera de la escuela… La vigilancia en torno a Lai Mi era, en verdad, férrea.

Pero no parecía que la llegada del anciano chino pudiese ser causa de preocupación. El guardaespaldas de la puerta lo miró, y por un instante frunció el ceño. Aquel anciano era un desharrapado, al que por su gusto habría impedido la entrada. Pero, al respecto, las órdenes de Lai Mi eran muy claras y concretas: cualquier chino tenía derecho a entrar en su escuela. Para eso la había creado ella.

Por su parte, Lai Mi sonrió al ver al andrajoso anciano de blanca barba y ropas remendadas. Sus greñas, también blancas, caían sobre la frente, casi ocultando los lentes de cristales redondos, por encima de los cuales, en un gesto no poco cómico, miraba el anciano a todos lados, indeciso, como amedrentado. Lai Mi se puso en pie, descendió del estrado, y se acercó al anciano.

—¡Hola! —sonrió dulcemente—, ¿Puedo ayudarle en algo?

El anciano la miró, volvió a mirar alrededor, y soltó una especie de gruñido, farfullando algo a continuación.

—No le he entendido —casi rio Lai Mi—, ¿Quiere tener la bondad de repetirlo?

—¿Tienen aquí el I Ching? —masculló el anciano (1).

(1) El I Ching es un libro reverenciado en China. Está considerado como el libro mas antiguo del mundo, y en él está la res* puesta a todas las preguntas que el hombre pueda hacerse. Esto lo convierte, básicamente, en un libro de adivinación. Manejado adecuadamente, tiene respuestas para resolver todos los problemas, todas las indecisiones de sus consultantes. Considerado como el libro" de todas las épocas, hay en el mundo, especialmente en Oriente, millones de adeptos a la sabiduría que contiene, y es utilizado para resolver todas las dudas. Muchas personas no hacen nada sin consultarlo. Se dice que las respuestas del I Ching decidieron a Mao Tsé Tung a muchas de sus acciones.

—Naturalmente —asintió Lai Mi—. ¿Quiere consultarlo? Lo digo porque quizá yo podría resolver… o ayudar a resolver su problema.

—No, gracias. Quiero el I Ching. Estoy seguro de que él me dirá cómo conseguir los veinte dólares que necesito.

Lai Mi abrió la boca, pero lo pensó mejor, y la cerró. Aquél era un problema que, indudablemente podía resolver ella con más rapidez y eficacia que el libro, pero era demasiado delicada para decirlo de cualquier manera. Sonriendo, tomó de un brazo al anciano, y lo llevó hacia una de las mesas.

—Siéntese… Yo misma le traeré el libro.

—¿Y las varillas? ¿Tienen las varillas?

—Las tengo pedidas —mintió Lai Mi—, Pero puede usted utilizar monedas. Con gusto le prestaré tres de las mías, si usted no dispone de dinero suelto.

El anciano le dirigió una hosca mirada. Y a través de los cristales de los lentes, Lai Mi vio aquel par de ojos negrísimos, rebosantes de una vitalidad que la dejó sorprendida un instante. Luego, pensó que el ánimo del anciano se hallaba exaltado por la inminencia de la solución de sus problemas, así que sonrió, fue en busca del libro, y acto seguido, tras vacilar, fue a su mesa. De un cajón sacó su bolso, y de él, tres monedas de un dólar. Regresó a depositarlo todo ante el anciano, que estaba mirando hacia el jardín, al parecer sin percatarse de la presencia de los dos chinos que le contemplaban a través de los cristales.

—Gracias —murmuró.

Lai Mi le sonrió, y regresó a su despacho descubierto. Se quedó mirando al anciano, pensando en el modo de facilitarle los veinte dólares sin ofenderlo. Parecía bastante cascarrabias, pero ella estaba segura de que encontraría el modo de que aceptase los veinte dólares que necesitaba. El anciano se enfrascó en la consulta del libro, y un par de minutos más tarde, Lai Mi se distrajo en sus cosas…

Cinco o seis minutos más tarde, un golpe sobre la madera le hizo alzar vivamente la cabeza. El golpe provenía de donde estaba el anciano, y había sido producido por un bote que éste había colocado sobre la mesa. Desde allí, Lai Mi distinguió de qué era el bote: de leche condensada. En aquel momento, el anciano estaba sacando de un bolsillo un pequeño paquete envuelto en papel de periódico. Desenvolvió una parte, dejando visible el extremo de un bocadillo, y comenzó a comer. Lai Mi captó la mirada del guardaespaldas de la puerta, y le hizo una seña de que no interviniera. Algunos niños, dos mujeres de edad avanzada, y tres o cuatro hombres que había allí, miraban con gesto reprobativo al anciano, que no parecía darse cuenta de nada. Comenzó a comer, parsimoniosamente. A través de los cristales, desde el jardín, los dos guardaespaldas también le contemplaban, molestos. Lai Mi les hizo la misma seña que al otro, y se quedó mirando al anciano.

Tras unos cuantos mordiscos al bocadillo, el anciano tomó el bote de leche condensada, y comenzó a darle vueltas entre sus manos. Miró a Lai Mi, vaciló, y se puso en pie. Con el bote de leche en una mano, se dirigió hacia la tarima. Subió torpemente a ésta…, y de pronto pasó velozmente detrás de Lai Mi, la agarró por el cuello con un brazo, y tiró de ella, poniéndola en pie…

Inmediatamente, los dos chinos del jardín entraron en la escuela, llevando las manos a sus axilas, mientras en la puerta, el otro guardaespaldas sacaba inmediatamente su pistola. Una mujer se dio cuenta de esto, y emitió un grito de sobresalto.

—¡Quietos! —gritó el anciano, alzando el bote de leche condensada—. ¡Esto es una bomba, sólo tiene que caer al suelo para explotar! ¡Si alguien se acerca, la dejaré caer a mis pies!

Hubo más gritos, exclamaciones; algunas personas se pusieron en pie y echaron a correr hacia la puerta, mientras otras permanecían como clavadas en sus asientos, tardos en comprender. Los tres guardaespaldas tenían el rostro demudado, lívido…, como la propia Lai Mi. En la puerta, alarmado por la precipitada salida de algunas personas, apareció el chino que esperaba siempre en el coche vigilando la calle, con la pistola ya en la mano. Su compañero de la entrada le gritó lo que sucedía, y el hombre quedó inmóvil en el acto, tija la mirada en Lai Mi y el anciano.

—¡Tiren, todos, sus armas! —exigió éste—. Si no me obedecen en todo inmediatamente, dejaré caer la bomba, y la señorita y yo volaremos en pedazos. ¡Tiren sus armas y dejen paso libre!

—¿Qué… qué quiere usted? —jadeó Lai Mi—. ¿Por qué…?

—¡Cállese! Y camine hacia la puerta. A mí no me importa morir, ya soy viejo… ¡Camine!

Los guardaespaldas habían tirado sus armas por el suelo, y se apartaron todos hacia un lado. Las demás personas ya no se atrevían a moverse, parecía que ni siquiera respiraban. Lai Mi pensó en lo que sería de ella si aquella bomba explotaba allí, y ladeó sus ojos hacia los guardaespaldas.

—No hagan nada —pidió—. ¡No intervengan!

Los guardaespaldas ya no podían estar más pálidos. Parecían cadáveres. Cadáveres en todo, pues su inmovilidad fue total mientras el anciano caminaba hacia la puerta llevando por delante a Lai Mi, sujeta por la fortísima presa en el cuello. Salieron a la calle, bajo la mirada curiosa de algunos transeúntes, que se detuvieron, indecisos.

—Al coche —dijo el anciano—. Usted conducirá. Y ya sabe lo que ocurrirá si esta bomba recibe el menor golpe.

En la puerta de la escuela, los cuatro guardaespaldas los miraban. Habían recobrado sus armas, pero ninguno de ellos se atrevía a utilizarla. Podían matar al anciano, en efecto, y con toda facilidad, ya que les volvía la espalda. Pero si lo mataban, la bomba caería al suelo, y entonces…

—Quizá es mentira —jadeó uno de ellos—. ¡Puede ser mentira! Quizá no es una bomba…

Los demás no contestaron; unos finos chorritos de sudor de angustia se deslizaban por sus rostros. Podían arriesgarse, pero, si era verdad, todo habría terminado. En cambio, mientras Lai Mi estuviese viva, habría esperanzas. Quizá se trataba de un simple secuestro para pedirle dinero el riquísimo Liung Tse…

El coche arrancó.

Y dentro de éste, Lai Mi al volante, el anciano comenzó a dar instrucciones respecto al camino a seguir.

—¿Por qué hace esto? —murmuró Lai Mi—. ¿Qué pretende usted?

El anciano no contestó. Estaba vuelto en el asiento, mirando si los guardaespaldas les seguían en otro coche, pero no era así. La circulación era normal, nadie parecía interesarse por ellos.

—Vaya hacia Glendale —ordenó el anciano—. Nos instalaremos en un bonito chalé, de momento.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Mi nombre es Ah Kung —el anciano se quitó la peluca postiza, la barba, y los lentes, que tiró al asiento de atrás, sonriendo al oír el

respingo de sorpresa de la muchacha—. No debe temer nada de mí, Lai Mi. Está usted en esta situación, debido a la terquedad de su padre. Debió escucharme hasta el final, pero a primera hora de esta mañana, él y su socio, el señor Seng, me expulsaron de su despacho.

—No… no comprendo…

—Siga conduciendo… con todo cuidado. Le explicaré la situación mientras vamos hacia el chalé. Y no tema por la bomba: es, simplemente, un bote de leche condensaba.

* * *

El coche se detuvo delante del chalé al que el día anterior llevara Dorothy al falso Kio Meing. Este esperó a que Lai Mi se apease, lo hizo él tras guardarse las llaves del coche, y fue hacia la puerta. Estaba cerrada, pero eso no fue un grave problema. Ah Kung rompió el cristal de una ventana, metió un brazo dentro, la abrió, y señaló hacia el interior.

—¡Salte! —ordenó.

Él lo hizo detrás. Se encontraron en el saloncito. Ah Kung señaló uno de los sillones.

—Siéntese. Es la hora del almuerzo —sonrió, como divertido—. ¿Tiene apetito? Espero que haya algo en el frigorífico.

—No… No tengo apetito.

—Tranquilícese. Lo que le he contado es verdad. Sólo se trata de que usted permanezca fuera de circulación, mientras yo preparo el simulacro de asesinato de su padre. Ahora, no tendrá más remedio que seguir mis instrucciones.

—Todo esto… es descabellado. ¡No podrá usted hacer las cosas de modo que parezca que mi padre ha muerto!

—Si él acepta, ahora, mis instrucciones, todo saldrá bien, no se preocupe. Sólo se trata de asesinarlo de un modo… espectacular, ejemplar. Lo haré delante de muchas personas, que lo atestiguarán. Luego, el cadáver de su padre será recogido por sus hombres, llevado a su casa, y allí permanecerá él, naturalmente vivo, mientras yo recibo los plácemes… y la confianza del Hombre de Oriente. Sólo necesito saber dónde está, dónde se esconde. En ese momento, puedo reunir un grupo de budokas que pulverizarán todo lo que esté relacionado con Pequeña Asia. Lo comprende, ¿no es cierto?

—Sí… Sí, pero, ¡no podrá conseguirlo!

—Ya lo veremos.

Mientras hablaba, Ah Kung se había ido quitando los andrajos remendados que había llevado sobre sus ropas. De un bolsillo de la mugrienta y deformada chaqueta, sacó un paquete envuelto con hojas

de periódico que contenía sus zapatos, ligeros, flexibles. Lai Mi contemplaba, atónita, al apuesto chino que tenía ahora ante ella.

—¿Sabe lo primero que haría si realmente yo fuese fiel a Pequeña Asia? —preguntó, de pronto, Ah Kung.

—¿Qué…?

—Violarla. Es usted tan hermosa, que ningún hombre que fuese tan canalla como debo parecer yo en este asunto podría dejar de poseerla.

Lai Mi palideció, y se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Ah Kung, que sonrió.

—No se inquiete. Personalmente, considero que el disfrute de su belleza, de su cuerpo, sería infinitamente mayor si usted… colaborase en la entrega. Nada va a ocurrirle. ¿De verdad no tiene apetito?

—No… No.

—Yo sí. Iré a la cocina a buscar algo… para los dos. Vamos, sea consecuente: relájese, acepte la situación, y, sobre todo, confíe en mí. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Está bien. Espero que no cometa la tontería de intentar escapar, mientras estoy en la cocina. Parece lo bastante inteligente para comprender que lo que yo estoy haciendo es lo adecuado. ¿Sí?

—¡Sí, sí!

Ah Kung asintió, y abandonó el saloncito. En la cocina, lo primero que hizo fue abrir el frigorífico, donde, en efecto, encontró algunas bandejas de alimentos preparados, cerveza, fruta… Colocó varias cosas en una bandeja grande, y regresó al saloncito. Apareció en éste-diciendo:

—Llamaré enseguida a su pad…

No dijo nada más. Quedó inmóvil, como súbitamente convertido en piedra, una pierna más adelantada que otra, la boca entreabierta. Sólo sus ojos giraron de un lado a otro, mirando, uno a uno, a los tres hombres de raza china que había en el saloncito, en otros tantos rincones. También estaban inmóviles, y cada uno de ellos le apuntaba con una pistola. En el sillón, Lai Mi estaba de nuevo pálida, tensa.

Ah Kung ni siquiera tuvo tiempo de empezar a pensar qué podía hacer en una situación como aquélla. Uno de los chinos se adelantó hacia él, sonriendo y bajando la pistola.

—¿Todo está bien, Meing? —preguntó.

El falso Meifig volvió a mirar, uno a uno, a los inesperados personajes. Para sorprender a Lai Mi, tan completamente, que ésta ni siquiera hubiese tenido tiempo de lanzar un grito intentando correr hacia la cocina para reunirse con él, aquellos hombres debían haber entrado por la puerta, sencillamente. Y si tenían llave de la puerta de aquel chalé destinado a servicios de la organización del Hombre de

Oriente, la conclusión, era muy fácil. Sin duda, aquellos hombres no eran ajenos a la retirada de los tres cadáveres, el día anterior…

—Todo está bien —dijo secamente Ah Kung—. Pero me gustaría saber quiénes sois vosotros y qué hacéis aquí.

—Ya sabes quiénes somos, hombre —rió el otro—: tus colaboradores.

—¿Mis…? ¡Yo no necesito colaboradores de ninguna clase!

—Orientman no piensa así, de modo que, a partir de esta mañana, desde que saliste de tu apartamento, nosotros te hemos estado siguiendo…, por si te encontrabas en alguna dificultad. Pero vemos que no ha sido así…, pese a que estuviste nada menos que visitando a Liung Tse.

Las miradas de los tres hombres eran ahora duras, fijas. Ah Kung frunció el ceño, y masculló:

—Cada cual tiene sus sistemas de trabajo.

—De acuerdo! Explícanos el tuyo. ¿Qué fuiste a hacer en el despacho de Liung Tse?

—Fui a estudiar el terreno. Me presenté como Ah Kung, agente principal de exportación de una empresa china de Hong Kong de gran envergadura, que tiene interés en hacer negocios con él. Estuvimos charlando de negocios, yo tomé nota de sus dispositivos de seguridad, y me fui. Eso es todo. Y como me pareció que Liung Tse era muy difícil de alcanzar, decidí intentarlo con su hija.

Durante unos segundos, los tres chinos permanecieron silenciosos, siempre mirando fijamente a Ah Kung. Por fin, el que llevaba la voz cantante asintió con un gesto.

—Buena idea…, que vemos que ha dado resultado. Nos tenías en verdad intrigados, cuando te vimos comprar la peluca, la barba, las ropas viejas… Muy sorprendidos. Ahora estamos admirados. Pero dinos: ¿qué piensas hacer con la hija de Liung Tse?

Ah Kung sonrió lo más canallescamente que pudo.

—Pues, aparte de pasarlo bien en la cama con ella, mientras espero, me va a servir para meter a Liung Tse en una trampa. Estoy seguro de que él hará todo lo que yo le ordene, cuando sepa que tengo a su hija en mi poder.

—¿Y qué piensas ordenarle?

—Voy a arreglar las cosas de modo que él acepte todas mis condiciones para una entrevista…, de la que no saldrá con vida. Todo sucederá de modo que nadie dejará de comprender que Pequeña Asia tiene recursos de toda clase para cualquier situación.

—Estupendo, estupendo… ¿Cuál es el plan?

—Todavía no lo tengo bien terminado. Espero dejarlo listo en menos de veinticuatro horas. Mientras tanto, dejaremos que Liung Tse

comience a sufrir por la ausencia de su amada hija. Precisamente estaba pensando que ella le llamase para decirle que está en poder de Pequeña Asia, y que espere instrucciones referentes a su posible rescate.

—Buena idea —el otro miró a Lai Mi, y señaló el teléfono—. Ya ha oído a Meing: llame a su padre e infórmele de cómo están las cosas.

Lai Mi miró a Ah Kung, angustiada. ¿La había engañado él? ¿0 estaba engañando, ahora, a los tres hombres que habían aparecido de pronto ante ella procedentes del recibidor de la casa? La mirada de Ah Kung, impávida, no la ayudó a resolver sus dudas. Y aún experimentó mayor desconcierto cuando el propio Ah Kung se acercó a ella, la asió rudamente por un brazo, y la puso en pie.

—¡Vamos, ya ha oído! —gruñó—. ¡Telefonee a su padre!

—Un momento —dijo otro de los chinos.

Se acercó al portavoz del trío, y estuvieron cuchicheando casi un minuto. El portavoz asintió, por fin, al parecer complacido. Miró a Lai Mi y a Ah Kung.

—Wang acaba de tener una magnífica idea… Nosotros nos vamos a llevar a la muchacha, y así estará en un lugar verdaderamente seguro. Desde allí, llamará a su padre. Mientras tanto, tú podrás ir preparando las cosas desde aquí con toda tranquilidad, sin tener que preocuparte por ella.

—Yo prefiero…

—No —negó el otro, en seguida—. Se hará como yo he dicho, Meing. Adonde nosotros vamos a llevar a la muchacha, nunca la encontrarán. En cambio, quizá te encuentren a ti aquí, aunque sea rastreando el coche que tenéis ahí fuera… Y en ese caso, te sería más fácil huir estando solo que con la hija de Liung Tse.

—Sí, eso es cierto, pero si ella…

—No te preocupes: te la conservaremos virgen para ti —rió el llamado Wang—. ¡Eso, suponiendo que todavía sea virgen!

Rieron los tres. Lai Mi miraba angustiada a Ah Kung, que notaba el sudor resbalando por su cuello hacia el pecho. Tres hombres no eran demasiados para él, pero siempre y cuando estuviesen armados de otra clase de armas…, y no se mantuviesen a distancia y vigilándolo estrechamente pese a su actitud verbal amistosa. Ah Kung percibía claramente la gran atención, la vigilancia tensa de que era objeto a cada movimiento que hacía. Y nadie puede salir bien librado cuando tres pistolas le disparan a la vez. Y estaba Lai Mi, que podía resultar fácilmente herida… o muerta, en un tiroteo allí dentro.

—Me parece que a Meing no le ha gustado la idea de que la chica no sea virgen —rió el tercer chino—. Si quieres, por nosotros puedes cerciorarte de eso ahora… ¡Pero sólo visualmente, nada de…!

¿Comprendes? ¡Hala, dile que se tienda en el sofá, y la examinas a tu gusto!

—No es necesario —sonrió como pudo Ah Kung—. Además, eso me tiene sin cuidado. Me gusta, pero me es igual que sea virgen o no.

—De acuerdo. Entonces, nosotros nos vamos con ella.

Te iremos llamando de cuando en cuando, por si necesitas algo.

—Sería mejor que os llamase yo a vosotros. Además, quizá los planes que vaya preparando me obliguen a salir… ¿Adónde puedo llamaros?

—Ponte en contacto con Dorothy, y ella lo solucionará. Bien, Meing…, ¡hasta la vista! No es necesario que nos acompañes, quédate aquí tranquilamente… ¡Y buen provecho!

—Avísanos cuando vayas a matar a Liung Tse —dijo Wang—; ¡nos gustaría mucho ver cómo lo haces!

Retrocedieron los tres hacia la salida, llevándose a Lai Mi. Ah Kung permaneció inmóvil, agarrotado. Quizá confiaban en él, quizá no. Lo cierto era que si intentaba algo, dejarían de confiar, y las cosas podían terminar muy mal, especialmente para Lai Mi,

Cubierto el rostro de sudor, Ah Kung sólo reaccionó cuando oyó cerrarse la puerta del chalé. Entonces fue hacia una ventana, y miró al exterior. Los tres chinos, llevando entre ellos a Lai Mi, se alejaban, tranquilamente. Unos setenta metros más allá, los vio meterse en un coche, que partió en el acto, maniobrando para no tener que pasar por delante del chalé. Ah Kung sacó el pañuelo, y se lo pasó por la frente. ¡Eso de no llevar nunca armas…! De todos modos, ¿de qué le habría servido una pistola? Se habría organizado un tiroteo, y…

¡Dorothy! Sí, tenía que conseguir que ella le dijese inmediatamente dónde se reunían los hombres de Orientman… No, no, no, un momento. Primero llamaría a Makio Ueno, que quizá sabía ya a qué dirección correspondía el teléfono 555 — 3.972. Era mejor que recurrir a Dorothy, a menos que fuese inevitable.

Fue inevitable. Estuvo llamando al teléfono de su compañero budoka Makio Uenó, pero no obtuvo respuesta. Insistió una vez y otra, pero con el mismo resultado siempre. La angustia se había apoderado definitivamente de Ah Kung. ¿Qué iban a hacer aquellos hombres con Lai Mi? Sólo de pensarlo, se estremecía de espanto, y notaba un nudo en la garganta…

Salió del chalé, saltó al coche en el que había llegado allí con Lai Mi, y partió dispuesto a subir al apartamento de Dorothy y convencerla, de un modo u otro, de que debía decirle dónde estaba instalado el teléfono 555 — 3.972. ¡Vaya si se lo diría…!

* * *

—¿La señorita Barrows? —el conserje movió negativamente la cabeza —. Claro que no está: anoche se fue de la ciudad.

Ah Kung, que se había dirigido al conserje del edificio después de estar llamando en vano a la puerta del apartamento de Dorothy, palideció.

—¿Cómo, que se fue de la ciudad? —jadeó.

—Sí, hombre. Dijo que había recibido una llamada telefónica de no sé dónde… Parece ser que un familiar está enfermo, y la avisaron. Así que ella hizo sus maletas, y se fue.

—¿Se llevó sus cosas?

—Sí, claro. Eso me hace pensar que no volverá por aquí en mucho tiempo…, si es que vuelve alguna vez. Lástima, porque era una alegría para la vista, ¿no le parece? Por mí, todos los apartamentos deberían estar ocupados por chicas como la señorita Barrows… ¡Je, je! ¡La vida parece más hermosa cuando se ven muñecas así, amigo!

—Sí —tragó saliva Ah Kung—. ¿Ella no dejó ninguna dirección?

—No, ninguna. Lo siento. Pero no se preocupe… Por lo que me pareció ayer, usted le cae bien a ella, ¿no es así? —le guiñó un ojo—. ¡Ya verá cómo se pone en contacto con usted desde donde quiera que esté!

—Sí… Claro. Bien, muchas gracias.

Cuando salió a la calle, una idea martilleaba la mente de Ah Kung: Orientman se había aprovechado de él…, seguramente sabiendo en todo momento que él no era Kio Meing, sino un impostor. Por eso, lo había llevado Dorothy al chalé, para que los otros tres <le matasen. Pero al vencer él, le habían seguido la corriente, tomando toda clase de precauciones. ¡El Hombre de Oriente se había reído de él, eso era todo! Y, a cambio, él había puesto en sus manos a la hija de Liung Tse…

CAPÍTULO VII

—SI yo fuese tú —dijo, con voz temblorosa, Lo Seng, el socio de Liung Tse—, mataría a este canalla miserable ahora mismo… ¡Ahora mismo!

Derrumbado en su sillón, desolado, desencajado el rostro, Liung Tse pareció que ni siquiera oía la sugerencia de su amigo. Al otro lado de la mesa, de pie, con tres hombres armados a su espalda, Ah Kung estaba no menos demudado que Liung Tse.

—Lo siento —dijo, una vez más, Ah Kung—. Estaba seguro de que mi plan era bueno, señor Tse. Quizá si usted lo hubiese aceptado… las cosas habrían sucedido de otra manera. Pero al negarse, y tener que hacerlo sin el consentimiento de usted…

—Pero… ¿qué dice este puerco? —aulló Lo Seng—. ¡Todavía pretende culpar a Liung de…! ¡Maldito entrometido, te voy a…!

Lanzando chispas de furia por los ojos, Lo Seng se abalanzó contra Ah Kung, blandiendo los puños. Ah Kung lo miró apenas sobresaltado, más bien sorprendido por la reacción de aquel hombre casi veinte años mayor que él y con unas condiciones físicas ridículas, en comparación con las suyas. Habría sido una brutalidad golpear a Lo Seng, de modo que Ah Kung se limitó a desviar el ataque con un simple gesto del antebrazo derecho, donde Lo Seng pareció rebotar como contra un muro, y cayó de espaldas, lanzando un alarido de espanto.

De todos modos, el gesto de Ah Kung no fue bien interpretado por los guardaespaldas de Liung Tse. Uno de ellos le descargó un fortísimo golpe-con la pistola en los riñones, arrancándole un alarido de dolor. La potencia del golpe tiró a Kung contra la mesa de Liung Tse, en la que rebotó, volviéndose velozmente, pese al intenso dolor que casi paralizaba su cuerpo. Otro de los guardaespaldas se adelantó, y descargó un golpe con la pistola hacia la cabeza de Ah Kung…

—¡Basta! —exclamó Liung Tse—. ¡Basta!…Pero Ah Kung paró el golpe con el brazo izquierdo, disparó su puño derecho en demoledor tsuki que acertó al otro en el centro del pecho tirándolo espectacularmente de espaldas con los pies más altos que la cabeza, y

se volvió como un relámpago hacia otro de los guardaespaldas, que también se disponía a golpearle con la pistola. Con la mano izquierda le agarró la muñeca derecha, con su derecha asió la solapa izquierda del hombre, y tiró de él hacia sí, cargándolo en su cadera derecha; disparó esta pierna hacia atrás por entre las dos del otro, y, sosteniéndose sólo sobre la izquierda, se inclinó hacia delante, siempre tirando del chino…

—¡SHUUUúuuUUUUuuu…! —sonó como un murmullo feroz el sordo Kiai de Ah Kung.

Y mientras sonaba el Kmi, terminaba la proyección de judo, el terrible uchi-mata, que lanzó al chino por encima de la cabeza de Kung, como un muñeco. El hombre salió, volando, a casi dos metros de altura, y fue a caer tres metros más allá, de espaldas y de cabeza, quedando inmóvil…

—¡He dicho BASTA! —gritó Liung Tse, puesto en pie.

Ah Kung estaba vuelto ya hacia el tercer guardaespaldas, que había retrocedido, y apuntaba con su pistola a Kung, desorbitados los ojos.

—¡BASTA! —gritó, de nuevo, Liung Tse.

Ah Kung y el otro se quedaron mirándose, el primero con las manos tendidas hacia el segundo. Unas manos que parecían más que nunca como de roca, crispadas, listas para soltar zarpazos de muerte…

—Mi lentilla —gemía Lo Seng, colocado de manos y rodilla en el suelo—. ¡He perdido una lentilla!

Liung Tse señaló al único de sus guardaespaldas que quedaba en pie.

—Ayúdale a buscarla —ordenó—. ¡Y guarda esa pistola!

El hombre vaciló, pero obedeció al fin. Se arrodilló junto a Lo Seng, comenzando a buscar la lentilla de contacto que éste había perdido. Pero quien la vio, sin moverse, fue Ah Kung. Se inclinó, recogió cuidadosamente la pequeña lente de contacto, y la mostró en la palma de la mano. Lo Seng se puso en pie trabajosamente, y tendió una mano hacia la de Kung, con gesto precavido, como si temiese recibir una dentellada o algo parecido.

Ni siquiera dio las gracias. Puso la lentilla en la punta de su dedo índice, y, cuidadosamente, la colocó en el ojo. El chino que había sido proyectado por medio del tremendo uchi-mata continuaba inmóvil en el suelo, pero el otro se estaba poniendo en pie, desencajado el rostro. El tercero se dirigió hacia su compañero desvanecido, y le ayudó a volver en sí. El hombre sacudió la cabeza, y se puso en pie, llevándose las manos a los riñones, y mirando torvamente a Ah Kung, cuya impasibilidad era total.

—Está bien —suspiró Liung Tse—, Sea como sea, la situación es muy mala para mí, Kung. Y usted me ha colocado en ella. ¿Se le

ocurre algo para solucionarla?

—Tal como están las cosas, me temo que tendremos que llevar adelante mi plan inicial de simular su muerte, señor Tse.

—¡No! —gritó Lo Seng—. ¡Liung, este hombre puede estar mintiendo! ¿Cómo podemos tener la seguridad de que no está trabajando, realmente, para Pequeña Asia?

—No podemos saberlo de ninguna manera, Lo —murmuró Liung Tse, dejándose caer de nuevo en el sillón—. Lo que sí sabemos, es que Lai Mi está en poder de ellos.

—Y solamente yo puedo hacer algo por ella —dijo Ah Kung—. Siempre y cuando, después de matar a Liung Tse, consiga la confianza del Hombre de Oriente y pueda llegar hasta donde tienen a la señorita Tse.

—¡Todo es mentira! ¡No vamos a permitir que nos…!

—Por favor, Lo —alzó una mano Liung Tse—, Gritando no resolvemos nada. Tenemos que..

Sonó un zumbido en el intercomunicador. Liung bajó la tecla de admisión de la llamada.

—¿Sí, Pin? —murmuró.

—Señor, tiene una llamada de la señorita, en la línea dos.

Liung Tse lanzó una exclamación, al tiempo que apretaba uno de los botones del teléfono, y acto seguido descolgaba el auricular. Lo Seng, excitado, pulsó la tecla del speaker-phone, de modo que todos pudiesen oír la conversación.

—¿Lai Mi? —gimió Tse—. ¿Eres tú, hija?

—Papá, estoy bien —sonó la voz inconfundible de la muchacha—. No te preocupes, no me han hecho daño alguno.

—Sí, sí… ¿Qué… qué…? ¿Dónde estás?

—No lo sé. Pero estoy bien, de verdad.

—Lai Mi, hija… ¿qué podemos hacer? ¿Qué puedo hacer yo? ¿Quieren dinero? Si es así, diles que sea cual sea la cantidad…

—No quieren dinero. Creo… creo que quieren matarte a ti. Me han obligado a llamarte, sólo para decirte que me tienen prisionera. Quieren que estés bien seguro de ello. ¡Adiós, papá!

—¡Lai Mi, diles…!

Clic, se oyó claramente el chasquido del corte de comunicación. Durante unos segundos reinó el silencio en el despacho. Lo Seng cerró el speaker-phone, retiró delicadamente el auricular de la mano de su socio, y lo colocó en la horquilla del aparato. Luego, miró a Ah Kung con fría ira.

—Verdaderamente —deslizó—, me gustaría ver cómo resuelve usted esto, Kung.

—Denme un poco de tiempo —Ah Kung se pasó las manos por la

cara—. ¡Maldita sea, denme un poco de tiempo para que me serene y pueda pensar con claridad!

—¿Pero insiste usted en simular la muerte de Liung?

—¡No hay otro modo de conseguir mi plena admisión en Pequeña Asia!

—¿Y cómo cree usted que puede llevar adelante un plan tan descabellado? —machacó Lo Seng.

—Tengo ya una idea… Pero necesito algo más de tiempo, y tranquilidad mental. Voy a dar un largo paseo, y estoy seguro de que cuando regrese, tendré el plan completo.

—De acuerdo —susurró Liung Tse—. Estaremos esperando, Kung.

—¿Vas a dejarlo marchar? —saltó Lo Seng.

—Todo lo que podemos hacer, Lo, es confiar en Ah Kung.

—Estás loco… ¡Y yo no pienso tomar parte en esta locura! Lo que tenemos que hacer es retener a este hombre, avisar a la Policía, y entregárselo. Es el único modo de…

—No pienso hacer eso, Lo. Y te ruego que no tomes iniciativas en ese sentido. No te lo perdonaría.

—Está bien —jadeó Lo Seng—. Se trata de tu hija. Y de tu propia vida. ¡Iros al diablo todos, si no queréis hacer las cosas con sensatez!

Lo Seng se dirigió hacia la puerta, y abandonó el despacho, dando un tremendo portazo. Liung Tse miró a Kung, que se había limitado a alzar las cejas.

—En cierto modo, Lo Seng tiene razón —murmuró—. Pero amo demasiado a mi hija, para correr el más pequeño riesgo. Puede marcharse, Kung. Yo estaré en todo momento aquí, esperando su… idea luminosa.

Ah Kung asintió; pareció dispuesto a marcharse, pero, de pronto, señaló el teléfono, con gesto interrogante. Liung Tse tomó línea, se aseguró de que así era, y tendió el auricular a Kung. Este marcó el número de su compañero budoka. Durante más de un minuto, estuvo escuchando el timbre de llamada. Por fin, colgó, y sin más comentarios abandonó el despacho de Liung Tse. En el antedespacho donde trabajaba la linda jovencita llamada Pin, se hallaba ésta, sentada tras su mesa, y Lo Seng, de pie ante la mesa, conversando. Los dos callaron de pronto, y se quedaron mirando con clara animosidad a Ah Kung. Este hizo caso omiso de ambos.

Un minuto más tarde, estaba en la calle. Durante media hora estuvo caminando, reflexionando, puliendo el plan para simular la muerte de Liung Tse. Mientras tanto, llamó dos veces más a Makio Ueno, siempre sin resultado. Por fin, decidió regresar al apartamento que había alquilado, al ocurrírsele que quizá Makio Ueno le estaba llamando, allí, desde otro teléfono que no fuese el suyo, que quizá no

podía utilizar…

Eran más de las siete de la tarde cuando llegaba en un taxi cerca del lugar donde había alquilado el apartamento, hacia el cual se dirigió, cada vez más preocupado por la suerte de la bella Lai Mi, cuya imagen no se borraba de su mente. Por supuesto, había dejado abandonado el coche con el que llevara a la muchacha al chalé, para evitarse complicaciones. Un hombre solo, un chino, no es nada ni nadie en una ciudad como Los Angeles. Pero un coche, con su matrícula, su marca y modelo…

Entró en el edificio, y subió a pie al tercer piso. Un edificio discreto, sin portero, que le había parecido muy conveniente. Poco después, entraba en el apartamento.

Nada más cerrar la puerta, vio al chino, apuntándole con una pistola. Lo identificó enseguida: era el llamado Tiu, uno de los sirvientes en la quinta llamada Pequeña Asia, el que había ofrecido champaña a Dorothy mientras esperaba. Pero ahora vestía normalmente de calle, un elegante traje de tono claro… Y lucía su amistosa sonrisa.

—Eres tú —dijo, amablemente—. Perdona la pistola, pero uno nunca sabe quién puede aparecer por una puerta.

Ah Kung consiguió permanecer impasible, conteniendo la alegría ante aquella visita. Allá tenía a un hombre al que podía obligar a decirle muchas cosas.

—Así lo pienso yo, viéndote aquí dentro —aceptó la explicación de Tiu—. ¿Qué haces aquí?

—Traigo un recado de Orientman para ti. Vamos adentro.

Tiu se apartó, sin guardar la pistola, y Kung se dirigió al pequeño saloncito, que comunicaba directamente con el diminuto recibidor. Al entrar dirigió una mirada al teléfono. Ciertamente, una llamada de Makio Ueno no sería precisamente oportuna en aquellos momentos.

—¿Cuál es el recado? —preguntó.

—Tengo que llevarte ante él. Pero antes, debo decirte que está muy satisfecho de tu labor. Tener a la hija de Liung Tse en nuestro poder es un triunfo definitivo.

—Así lo pienso yo. Bueno…, ¿qué esperamos para ir a ver al Hombre de Oriente? ¿No dices que has venido a recogerme para llevarme allí?

—Así es —sonrió Tiu—, pero no hace falta que te lleve completo: bastará con tu cabeza.

La reacción de Ah Kung fue una brevísima crispación de los párpados. En aquel momento, su fino oído percibió el roce en el suelo, tras él, y se volvió. En la puerta del saloncito había otro chino, alto, hercúleo. Vestía pantalones y jersey negros, y sostenía en la mano

derecha, con gesto indolente, una katana, el siempre temible sable japonés. El rostro de aquel chino parecía de piedra.

—¿Mi cabeza? —susurró Kung.

—¿Para qué más? Llevándole tu cabeza, Orientman comprenderá que Wei Sing y yo hemos cumplido su deseo. Ocurre que teniendo a la hija de Liung Tse, todo está prácticamente solucionado, de modo que no te necesitamos. Pero no pienses mal: todo se cumpliría según te fue ofrecido si Orientman confiase en ti. Pero no confía. Tus maniobras no le inspiran la menor confianza.

—Gracias a mis maniobras —replicó fríamente Kung— tenéis a la hija de Liung Tse.

—Sí, pero no se puede decir que nos la entregases tú, ¿verdad? Te fue arrebatada. Orientrpan piensa que tú tenías otros, planes bien diferentes a los que has estado explicando. Orientman está convencido de que, en realidad, estás de parte de Liung Tse, y que lo de su hija, simplemente, te salió mal al llevárnosla nosotros.

—¿Y Orientman no admite la posibilidad de que pueda estar equivocado; de que yo esté haciendo todo esto, siempre pensando en servir lealmente a Pequeña Asia? Pese a todas las apariencias, podría ser así, ¿no crees?

—Sí. Sí, Orientman piensa que puede estar equivocado contigo. Hay una posibilidad, desde luego. Pero, puesto que tu colaboración ya no es ni mucho menos imprescindible…, ¿por qué correr riesgos? Así que tenemos que matarte a ti, y luego, utilizando a la hija de Tse, nosotros mismos le tenderemos la trampa en la que perderá la vida. Es así de fácil, Meing.

—De acuerdo. Así es el juego en el que yo me desenvuelvo.

—No es nada personal —se disculpó, siempre amablemente, Tiu—. Para ser sincero, a mí, personalmente, me resultas simpático. Pero si Orientman quiere que le lleve tu cabeza a fin de estar seguro de que estás bien muerto, pues… yo le llevo tu cabeza.

—Espero que no te pongas a llorar —sonrió Ah Kungh—. Puesto que tienes unas órdenes que cumplir, cualquier sentimiento personal no tiene importancia para…

Esta vez no hubo Kiai. Simplemente, Ah Kung saltó hacia su derecha, pero tan torpemente que Tiu no tuvo la menor dificultad en seguir ese movimiento con su pistola, y apretó el gatillo… Para entonces, la torpeza de Ah Kung se había esfumado. Con una rapidez fuera de todo control, varió la dirección de su salto, tirándose hacia el suelo y en dirección a Tiu, de modo que mientras la bala disparada por éste rebotaba en la pared después de perforar el aire allá donde debía haber estado Ah Kung, éste llegaba deslizándose por el suelo ante Tiu, que lanzó un respingo y varió la dirección de su pistola…

Es decir, comenzó a hacerlo.

Estaba a la mitad del movimiento cuando el pie derecho de Ah Kung subió veloz y poderosamente, y se hundió con blando sonido en el aparato genital de Tiu. Este vibró como si hubiese recibido una descarga eléctrica, e inmediatamente quedó inmóvil, con el rostro desencajado y lívido, la boca abierta, los ojos casi fuera de las órbitas. Ah Kung ya estaba de rodillas ante él. Su mano derecha, como una zarpa, fue hacia el pecho de Tiu, en el Golpe del Oso de Kung Fu. Crujieron los huesos del tórax de Tiu, se hundieron las costillas, el corazón se paró en el acto, y Tiu, fulminantemente muerto, comenzó a caer de espaldas.

¡Ffffsssstttt!, silbó el sable, por detrás de Kung, y sobre su cabeza.

Pero Ah Kung ya había oído el desplazarse suavísimo del llamado Wei Sing, y justo cuando descendía la katana y tras propinar el Golpe del Oso, se echaba hacia un lado… El sable pasó rozando su hombro y su rodilla izquierda, y se detuvo, magistralmente manejado, a dos centímetros del suelo.

Sin vacilar un instante, Ah Kung se, asió al brazo derecho de Wei Sing, que empuñaba el sable con ambas manos. Al sentirse asido del brazo derecho, soltó la mano izquierda del mango del sable, dispuesto a golpear a Kung…, que era lo que éste esperaba. Esquivó el golpe, girando de tal modo que quedó de espaldas a Wei Sing, en contacto con el pecho de éste y sujetando su brazo derecho contra su costado del mismo lado, como si quisiera que Wei Sing le abrazase.

Pero, ciertamente, no se trataba de esto.

Siempre sujetando fuertemente contra su costado el brazo derecho de Wei Sing, Ah Kung giró hacia su izquierda, como si fuese un tornillo. Lo hizo con tal fuerza, que Wei Sing y él salieron volando, girando en el aire, abrazados en la trayectoria del fortísimo makikomi de judo.

La caída fue tremenda para Wei Sing. Cayó de espaldas, completamente plano, mientras Ah Kung caía de costado junto a él, siempre sujetándole el brazo, de cuya mano salió despedida la katana, que se deslizó por el suelo, fuera del alcance de ambos. Pero Ah Kung no necesitaba la katana…, o así lo creía, al menos. Y además, a ser posible, quería vivo a Wei Sing. Así que se dispuso a romperle el brazo con la presa también de judo ude gatame, presionando por detrás del codo hacia arriba y bajando la muñeca hacia el suelo.

Recibió tal golpe en la nuca, que salió rodando hacia la derecha del tendido Wei Sing. Por un instante, quedó tendido de bruces, llena su cabeza de puntos luminosos, zumbándole los oídos… Sacudió la cabeza, se puso de rodillas, y volvió a sacudirla. Quiso ponerse en pie, pero le fallaron las piernas, y volvió a quedar tendido de bruces.

Como algo lejano, oía tras él el resoplar de Wei Sing, que se estaba poniendo en pie. De nuevo sacudió Kung la cabeza, volvió a colocarse de rodillas, gateó, agarró la katana, y se puso en pie, con la sensación de que sus piernas eran de goma. Oyó el resuello tras él, y enseguida, un brazo de acero llegó por detrás y rodeó su garganta. Se le pusieron los pelos de punta cuando notó en su nuca el contacto de una mano y comprendió lo que iba a hacer Wei Sing: le iba a romper el cuello, utilizando también el judo, en una de las técnicas de la Kubi Kansetsu…

El sable relució en el aire en un veloz giro, de modo que Kung continuó empuñándolo, pero con la hoja hacia atrás. Lanzó el golpe, con toda la fuerza que pudo reunir… La hoja pasó por debajo de su sobaco izquierdo, encontró resistencia, pero penetró, incontenible, con escalofriante rasgar de carne. Inmediatamente, la presa en el cuello de Ah Kung se aflojó. Lo suficiente para que se desasiera de ella de un tirón fortísimo, que le llevó a caer otra vez de bruces. Su cabeza resonó, algo pareció estallar en su interior y, acto seguido, llegó la más densa oscuridad.

* * *

La luz fue volviendo poco a poco a los ojos de Ah Kung. Primero tuvo ante sus ojos una mancha borrosa, que en pocos segundos se aclaró. Era el suelo. Estuvo así dos o tres segundos más. Luego, se sentó… Y lo primero que vio fue a Wei Sing, caído de espaldas, con la katana clavada sobre el corazón. Más allá, también sumido en el silencio de la muerte, estaba Tiu, con los ojos casi fuera de las órbitas, con aspecto de grandes bolas de cristal.

Ah Kung se pasó la mano por la nuca, y comenzó a practicarse un suave Do-In, el automasaje reparador, relajante. Un meticuloso reconocimiento digital le convenció de que no tenía desperfectos de ninguna clase.

Por fin, se puso en pie, fue a tenderse en el sofá, y se relajó, cerrando los ojos. Intentó no pensar en nada, pero lo cierto era que tenía dos cadáveres en el apartamento. Había matado ya cinco hombres… No. Eran seis, contando a Kio Meing. Claro que uno de ellos lo había matado indirectamente, al facilitarle el cuchillo… Cinco y medio, se dijo humorísticamente.

¡Trilínimnrmnggg…!, sonó el teléfono.

Kung se sentó vivamente, y se quedó mirando el aparato, que volvió a sonar a los dos segundos. No, no lo había soñado. Descolgó el auricular…, arrepintiéndose en el acto. ¿Y si eran amigos de Tiu y de Wei Sing, que esperaban abajo, impacientes, y sabiendo que él había

regresado a su apartamento querían preguntar a Tiu por qué tardaban tanto en bajar con su cabeza…?

—¿Sí? —musitó.

—¿…?

—¡Makio! Sí, sí, soy yo. ¡Te he estado llamando para…!

—Sí, sí, lo comprendo. Pero es urgentísimo que sepamos el lugar donde está ese maldito teléfono. ¡Tengo que…!

—¿Lo sabes? —se irguió vivamente Kung—. ¿Sabes dónde está el teléfono 555 − 3.972?

—¡Bien! ¿Dónde…? No, no, espera… ¿Tienes coche, Makio?

—Estupendo. Escúchame atentamente…

CAPÍTULO VIII

ACABABA de anochecer cuando Makio Ueno detuvo el coche y señaló hacia el edificio. Era de una sola planta, viejo y sucio, y se veían rotos los cristales de algunas ventanas. En la entrada, a la derecha, había un deslucido cartel que anunciaba que aquello era un dancing.

Ah Kung se volvió a mirar a su compañero japonés. Makio debía tener unos treinta años, era de mediana estatura, tenía un rostro enjuto y simpático, alegre, y parecía un buenísimo muchacho…, con unos hombros pasmosamente anchos y un cuello en el que se marcaban músculos y tendones como grabados sobre piedra. Calzaba zapatillas deportivas, y vestía unos simples pantalones blancos y un jersey oscuro. Para mayor información, Makio Ueno era Cuarto Dan de judo, y había quedado campeón de todas las categorías en los últimos campeonatos de judo de la Costa Oeste de Estados Unidos.

—¿Estás seguro de que es ahí? —vaciló Ah Kung.

—Completamente. Me aseguré bien, puesto que le costó buen dinero. Ya sabes cómo son esas cosas: oficialmente, te encuentras con una serie de dificultades para conseguir esa clase de información, de modo que tuve que esperar a la tarde, y proceder a un pequeño soborno. Es un número privado, desde luego.

Kung volvió a mirar hacia el dancing.

—Parece abandonado. Bueno, cerrado, fuera de servicio.

El japonés encogió los hombros.

—Las cosas no son siempre lo que parecen —filosofó fácilmente.

—Está bien. Voy a echar un vistazo.

—Te acompañaré. Podrías…

—No, no. Si fueses chino, quizá sería factible, pero si hay alguien ahí, y son chinos, enseguida verían que eres japonés. Nosotros sí sabemos distinguiros, Y me parece que Orientman no emplea japoneses.

—De acuerdo —sonrió Makio—. Esperaré a ver qué pasa. ¿Cinco minutos?

—Mejor diez. Hasta ahora.

Ah Kung se apeó, y se alejó, para regresar luego hacia el dancing, ante cuya puerta llegó como un transeúnte más que circulase por la acera. Había un pequeño zaguán, en el que entró, decidido. En el zaguán, dos puertas, una a la derecha y otra a la izquierda. Junto al marco de la puerta de la derecha, había un timbre, que el budoka presionó. Mientras esperaba, volvió la cabeza para mirar hacia donde se había estacionado antes Makio, pero no vio el coche…

La puerta se abrió silenciosamente, y un chino hercúleo, de hosca expresión, apareció ante Kung, mirándolo fijamente.

—¿Qué desea? —gruñó.

—Me llamo Ah Kung —murmuró éste—. Me envía Tiu.

—¿Quién?

—Tiu. Estaba con Wei Sing, cuando sufrieron un accidente los dos. Yo pasaba por allí, me llamaron, y me dijeron que viniese aquí a traer un recado para usted… ¿Es usted el que llaman Orientman?

El otro parpadeó, confuso, desconcertado…, y desconfiado.

—¿Dónde están ahora Tiu y Wei?

—Se los llevaron a los dos en un coche a un hospital. Creo que Tiu tenía roto un pie.

—Ya. Bien, ¿cuál es el recado?

—¿Usted es Orientaman?

—No… Será mejor que entre. Le llevaré con Orientman.

El chino se apartó, y Ah Kung entró en el local. Junto a él, el otro cerró la puerta, y señaló hacia el fondo. La sala era amplia, y se veían mesas y sillas arrimadas a las paredes, dejando despejado el centro. A un, lado, había palcos, y junto a éstos un mostrador de' bar. Un par de bombillas que pendían del techo proporcionaban una iluminación deprimente, paupérrima. Tanto, que Kung tardó unos segundos en ver la puerta que había en una de las paredes.

—¡Vaya! —miró sonriente al otro—. Esto debió ser un sitio agradable y alegre, pero ahora…

—Así son las cosas. Vamos.

El otro volvió a señalar hacia el fondo, hacia donde estaba la puerta, y Kung comenzó a caminar. Pero apenas había dado dos pasos cuando volvió la cabeza hacia su acompañante… Tuvo el tiempo justo de ver el movimiento de su mano derecha, y el brillo del acero en la tétricamente iluminada sala. Giró, paró el golpe con el, antebrazo izquierdo, amagó un golpe con la mano derecha…, y subió la rodilla de este lado, incrustándola en el vientre del otro, que lanzó un gemido, se encogió…

Entonces, sí, la mano derecha de Kung cayó sobre su frente, con seco chasquido. El hombre cayó hacia atrás, con los ojos en blanco.

Ah Kung se inclinó, recogió el cuchillo, y lo tiró con fuerza hacia

una de las paredes. El arma quedó clavada allí, cerca del techo, invisible. Luego, se acuclilló junto al chino, lo examinó, y comprobó que no estaba muerto, pero sí fuera de combate por algún tiempo, sin duda alguna.

Se desentendió de él, fue hacia la puerta, y la abrió, dejándola solamente ajustada. Miró hacia la puerta del fondo, y se dirigió hacia allí, silencioso, mirando a todos lados. Aunque no había nada que mirar, realmente. Llegó ante la puerta, probó la manilla, y al ceder ésta empujó.

Ante él había un pasillo amplio y largo, con puertas a ambos lados. A su izquierda, vio el hueco de unas escaleras descendentes. Por unos segundos le pareció que el silencio era total, pero finalmente, muy amortiguada, captó una música, procedente de las escaleras. Las bajó, siempre sin hacer el menor ruido, y llegó a una pequeña estancia rectangular en la que había un diván. Parecía una sala de espera. Frente a él había otra puerta, que empujó también, muy lentamente. Atisbo por la rendija, y enseguida, para su asombro, vio a Dorothy.

Pero el asombro duró muy poco. Dorothy estaba sentada en un sillón, hacia el fondo de una gran estancia decorada lujosamente, a estilo oriental. Se hallaba de lado con respecto a él, escuchando la música que brotaba de un tocadiscos. Había un sofá, algunos sillones más, una mesita de laca. Sobre esta mesita, había una copa de martini. Kung estuvo observando a Dorothy. Estaba bellísima, con un vestido de cóctel y algunas joyas. Parecía que estuviese esperando, haciendo tiempo para salir, para acudir a alguna fiesta, y ello se vio confirmado a juicio de Kung cuando la hermosa rubia miró su relojito de pulsera, con un gesto de impaciencia.

«Yo te voy a dar a ti una buena fiesta», pensó Ah Kung.

Abrió un poco más la puerta, y miró a derecha e izquierda por la gran estancia exótica y lujosa. No había nadie más. En otras zonas, había más tresillos y mesitas, libros, revistas, un aparato de televisión…

Entró, cerró la puerta, y se quedó mirando a Dorothy. Esta se adelantó en el sillón, tomó la copa de martini, y bebió un sorbito. Dejó la copa, se acomodó de nuevo, volvió a mirar su reloj, y dirigió una mirada de impaciencia hacia la puerta.

Se atragantó con un tortísimo respingo antes de quedar inmóvil, mirando con los ojos muy abiertos a Kung, que sonrió y saludó con la mano, con gesto amable.

—¡Hola, cariño! —dijo—. ¿Cómo está tu familiar enfermo? ¿Ha mejorado?

Dorothy se puso en pie, tensa, evidentemente asustada. Su boca se abrió, pero Ah Kung alzó un dedo amenazador.

—Si gritas será peor. No sé quién vendría, pero cuando llegase aquí —su mirada se desvió hacia su derecha, donde, en la pared, había visto ya colgadas algunas armas— ya sólo encontraría tus pedazos. ¿Está claro?

Diciendo esto, se acercó a las armas, y descolgó un sable enfundado. Con hábil gesto de molinete, lo desenfundó, lanzando lejos la funda, que rebotó en el suelo sonoramente. Dorothy comenzó a retroceder a medida que él se acercaba, pero el retroceso terminó pronto, al llegar de espaldas a la pared, junto al tocadiscos, que continuaba emitiendo una alegre música.

En pocos segundos, Kung estuvo delante de Dorothy. De ninguna manera pensaba utilizar el sable contra ella, pero aquella situación era inmejorable para conseguir sus propósitos, aunque fuese recurriendo a truculentas amenazas. El sable describió un arco de bello y centelleante dibujo, en el aire, y terminó el recorrido quedando la punta en la garganta de Dorothy Barrows.

—Si tuviese tiempo, haríamos el amor en uno de estos lujosos sofás, cariño —susurró Kung—, Pero me temo que no es el momento adecuado. ¿Te dije ya que soy un experto más que aceptable en el manejo de la katana? Puedo hacer cosas extraordinarias, sorprendentes, con esta arma en la mano: cortarte las orejas tan limpiamente que ni te darías cuenta, amputarte un pecho, sacarte un ojo… Pero no te preocupes, no haré nada de eso. A cambio, tú me dirás dónde está la quinta llamada Pequeña Asia. ¿Sí?

—No… ¡No!

—Sí me lo dirás, Dorothy. Tengo que ir allí, porque he comprendido que Orientman, en contra de lo que yo creía, no está aquí, en este lugar donde está instalado el teléfono 555 – 3.972 al que tú llamaste desde el chalé. ¡Oh, no, él no está aquí…! Sólo estás tú, un pobre muchacho que ya está fuera de combate…, y yo. En realidad, aquí debéis cobijaros aquellos empleados del Hombre de Oriente que, en determinado momento, necesitáis esconderos, o bien algunos desgraciados que permanecen aquí a la espera de instrucciones. Digamos que esto es… una especie de cuartel para la tropa, pero no para el general. El general está, ahora, o bien en su domicilio privado, o bien en Pequeña Asia, ese encantador lugar donde estuvimos tú y yo anoche. ¿Cierto? Así que pregunto: ¿dónde vive Orientman?

—No sé eso… ¡Ni sé quién es!

—Voy a concederte crédito en esto. Por lo tanto, me conformaré con que me digas dónde está la quinta. O mejor aún: me llevarás allá…, pero sin vendarme los ojos esta vez. ¡Andando, querida!

—No… ¡No puedo hacerlo, no pued…!

El sable silbó en el aire por dos veces, velocísimo, lanzando fríos destellos. Dorothy lanzó un gritito de espanto, y se pegó más de espaldas contra la pared. Pero ya sus ropas habían sido cortadas justo en la zona del pecho. Dos limpios cortes, que hicieron caer la ropa dejando al descubierto los turgentes senos de la rubia.

Ah Kung sonrió, pero de un modo que estremeció a Dorothy.

—Hay pocas cosas que me agraden tanto como una mujer sin sujetadores —dijo—. Pero deberías tener cuidado y recurrir a ellos, de cuando en cuando. De lo contrario, según dicen, pronto te colgarán los pechos como los de una anciana. ¿Vamos, Dorothy?

—Si te llevo allí me matarán, me…

De nuevo silbó la katana, y la ropa de Dorothy fue rasgada más hacia abajo. Y esta vez, la punta del acero dejó como una sensación helada en la piel de la muchacha.

—La próxima vez, te cortaré una oreja —aseguró Ah Kung—, No me gustará hacerlo, pero te aseg…

La expresión que apareció de pronto en los ojos de Dorothy le hizo volverse rápidamente. En la puerta había dos chinos, vestidos elegantemente, como si también tuvieran intención de ir a una fiesta… Los dos le miraban, pero, con resuelto gesto, estaban descolgando ya un sable y un ancho machete. Detrás de ellos aparecía otro chino, también vestido elegantemente, que lanzó una exclamación y acabó de entrar, precipitándose así mismo hacia las armas.

Dorothy volvió a gritar, y quiso escapar de allí, pasando junto a Kung, que giró, siguiendo la trayectoria de la rubia, y disparó su pierna derecha en yoko geri de karate. El golpe acertó a Dorothy en los riñones cuando pasaba, y la derribó violentamente, transida de dolor, como paralizada…, mientras los dos primeros chinos corrían hacia Kung blandiendo sus armas y rugiendo sordamente.

Para su súbito espanto y desconcierto, Ah Kung no intentó esquivar el ataque, sino que saltó hacia ellos, blandiendo la katana, disparando como si fuese una fuerza que nadie pudiese detener. Los dos chinos reaccio naron rápidamente, reanudando el ataque, que culminaron lanzando sendos mandobles… Uno de los mandobles, simplemente, falló el golpe, debido a la movilidad de Ah Kung, El otro, fue detenido por el sable que empuñaba el budoka. Las dos armas resonaron con alegre tañido, que aún estaba vibrando cuando Ah Kung deshizo el contacto de los aceros, giró de modo que quedó entre uno y otro adversario, empuñó el sable con ambas manos al mismo tiempo, y acto seguido, tan velozmente que pareció que todo había sido un solo movimiento, giró, describiendo una vuelta completa, con el sable colocado horizontalmente a la altura de sus hombros…

Primero una, y luego otra, las cabezas de los chinos saltaron por el aire. En el suelo, paralizada por el dolor, Dorothy lanzó un alarido de espanto cuando los dos hombres fueron decapitados, y enseguida, ocultó sus ojos con las manos. El otro chino, que corría hacia Ah Kung empuñando un cuchillo, se detuvo resbalando por el piso, demudado el rostro, y quedó tambaleante a unos tres metros de Kung, contemplándole con expresión desorbitada.

De pronto, lanzando un grito de furia, alzó el brazo derecho, dispuesto a tirar el cuchillo contra Ah Kung…

Fffsss…, silbó la katana en el aire, desplazándose como un destellante relámpago. Se hundió en la garganta del chino, y apareció más de un palmo por la nuca, haciendo oscilar hacia un lado la cabeza del desdichado, que cayó hacia atrás y quedó inmóvil.

Ah Kung se quedó mirándolo, pero, de pronto, cerró los ojos. Sentía una cosa extraña en el estómago, como un peso, y una profunda depresión. En una fracción inmedible de tiempo, pasó por su mente una escena que en la realidad había durado más, un par de años atrás…

* * *

—Entonces, maestro…, ¿no se disgusta porque yo abandone momentáneamente mis estudios de judo para ir a China?

El viejo Sensei movió negativamente la cabeza. Estaban los dos en el jardín del ryukan del anciano, apaciblemente sentados en el porche de piso de tablas. Ante ellos se extendía el jardín lleno de flores, de bambúes, de cerezos, mimosas, pinos… En el centro, un pequeño estanque que recibía las aguas de un riachuelo de aguas cristalinas, sobre el cual cruzaba un bello puentecillo de madera. Había peces en el estanque, y pájaros en los árboles. La paz era total. No podía sorprender a nadie que el viejo maestro hubiese decidido retirarse a un lugar semejante para pasar el resto de sus días en meditación, sintiendo lentamente, en su cuerpo, el plácido discurrir de los días.

Sensei movió negativamente la cabeza poblada de blanquísimos cabellos. Tan blancos como el quimono que vestía. Tan blancos, que contrastaban con el rostro arrugado y quemado por el sol, y con los negros ojos en los que todavía latía una extraordinaria energía interior.

—Me disgustaría más si continuases aprendiendo judo mientras tu mente estuviese ocupada en otros pensamientos, Ah Kung. Cada hombre puede hacer lo que quiera, pero debe hacerlo con verdadero amor. Tú eres chino…, así que ni tú ni yo vamos a sorprendernos por tu decisión de dirigirte al interior de China para aprender lo que

quede del auténtico Kung Fu. ¿Puedo rogarte que cuando hayas aprendido vengas a enseñarme a mí…, si todavía estoy vivo?

—¿Enseñarle yo a usted Sensei? —respingó Ah Kung.

—Naturalmente.

—Pero… ¡usted es mi maestro! ¡Es usted quien me enseña a mí! Me admitió como discípulo pese a ser chino, y…

—¡Vamos, Ah Kung, no digas tonterías! Tengo alumnos de todas las razas y nacionalidades. Yo no me fijo en esas cosas, sino en la cualidad y calidad mental de las personas. O diría más bien, en la calidad humana. Hay chinos buenos, y chinos malos; japoneses buenos, y japoneses malos… Me parece tonto tan sólo comentar esto. Creí que en el tiempo que has pasado a mi lado ya lo habrías aprendido.

Ah Kung estuvo reflexionando unos segundos, antes

de asentir.

—Es cierto —murmuró—. Si recapacito sobre todo lo que he aprendido con usted, Sensei, quizá el judo sea lo menos importante.

—No, no… El judo es importante, puesto que nos hemos servido de él para encauzar tus energías y tus pensamientos. Espero que el Kung Fu también te sea provechoso.

—Gracias… ¡Pero jamás podría enseñárselo a usted, Sensei! ¿Cómo podría yo enseñar a mi maestro?

—Muy sencillamente: aprendiendo cosas que el maestro no sepa.

—¡Pero usted conoce el Kung Fu!

—Algo sé —relucieron los ojos de Sensei—, pero no soy tan necio de negarme a escuchar a alguien que pueda enseñarme algo más. Hace muchos años conocí a un hombre muy sabio. Tan sabio, que todos estábamos convencidos de que no podía haber nada en el mundo que él no supiera, ni nadie que supiese más que él. Sin embargo, cierta tarde en que el sabio estaba dando un paseo por el campo acompañado de su corte de discípulos y admiradores, vio a un niño sentado fuera del camino, con la mirada fija en el suelo, como fascinado. Intrigado, el sabio se acercó al niño, y le preguntó qué hacía allí, qué estaba mirando con tanto interés, puesto que él sólo veía tierra. El muchacho le dijo que había sembrado allí, en aquel punto, una semilla de calabaza dentro de la cual había introducido una semilla de naranja, y quería ver qué ocurría cuando apareciese la planta. ¿Qué saldría? ¿Planta de naranja que se convertiría en un naranjo…, o planta de calabaza, que se arrastraría por el suelo? ¿O una mezcla de ambas que no podía imaginar cómo sería? El sabio quedó pensativo mucho rato. Por fin, despidió a sus acompañantes, y se quedó allí con el niño, dispuesto a esperar el tiempo que fuese necesario para saber, él también, qué nacería del suelo, de aquella

extraña mezcla. Era tan sabio, que no quiso despreciar los conocimientos que pudiese adquirir un niño.

—Lo entiendo —sonrió Ah Kung—. ¿Y qué salió?

El maestro sonrió maliciosamente.

—Esa es una de las cosas que yo todavía ignoro, Ah Kung. Del mismo modo que ignoro qué puede ocurrir cuando un experto en judo y en karate japonés aprende durante algunos años el Kung Fu chino…, sobre el cual, por mucho que yo sepa, siempre podré aprender algo más.

Ah Kung quedó silencioso, impresionado. Luego, sus pensamientos regresaron a la conversación que estaba sosteniendo con el maestro.

—Sensei, usted ha dicho antes que todo lo que haga el hombre debe hacerlo con amor, aprenderlo con amor. Yo pregunto: ¿incluso técnicas con las que se puede matar a otros hombres?

—La respuesta es simple, Ah Kung. Cuanto más sepas sobre la técnica de matar, menos desearás hacerlo. Cuanto más fuerte seas, menos necesidad tendrás de demostrarlo. Y si realmente tu espíritu es de budoka, si respetas el Budo… o el Wu Shu (1), nunca matarás.

(1) El Wu Shu es en China el equivalente del Budo en Japón, es decir, el compendio de las Artes Marciales Chinas.

—¿Y si alguna vez me veo en la necesidad de matar?

—Eso significaría que la persona a la que matases lo habría merecido, puesto que si no deseabas matar, y en cambio lo hacías, sería porque el malo sería otro, no tú. Ve pues en paz, Ah Kung.

—Sensei…, si alguna vez me necesita, llámeme. Yo le haré saber dónde estoy en cuanto me instale en China.

—Sabía que lo dirías. Si alguna vez la Kuro Arashi o yo te necesitamos, serás llamado. Adiós, Ah Kung. Espero vivir los años suficientes para poder aprender algo de ti.

—Y yo le deseo que viva lo suficiente para que aprenda algo de mis hijos, Sensei.

—Si yo no llego hasta ahí, no olvides que tú sí podrás aprender algo de ellos. Que China sea amable contigo, Ah Kung.

* * *

En un instante, en una fracción de segundo, como un cegador destello, todo esto pasó por la mente de Ah Kung. Fatalmente, había llegado el momento en que había matado. Y no a un solo hombre… Pero, como siempre, el maestro había tenido razón: los malos habían sido los otros. Él no era el malo, el asesino, sino que se limitaba a sobrevivir

de los ataques que desencadenaba un hombre como Orientman. Y definitivamente, Ah Kung comprendió por qué el maestro le había mandado llamar a China: porque no quería enviar budokas de los muchachos que tenía a sus disposición en todo el mundo, sino precisamente a él, cuyo parecido con un asesino que ya estaba vigilado por la Kurc Arashi le había permitido introducirse en la organización, buscando el camino hasta llegar al Hombre de Oriente.

Al cual, no podía dudarlo, debía majar. El maestro lo había comprendido antes que él: Orientman era el germen de la maldad, y era ese germen el que debía morir…

De pronto, Ah Kung alzó el sable, mirando vivamente hacia la puerta del sótano, al percibir allí la presencia de otra persona. Y en efecto, allá estaba Makio Ueno, que tras mirar los tres cadáveres, y a la aterrada Dorothy, preguntó, tranquilamente:

—¿Alguno de éstos es el Hombre de Oriente?

—No —murmuró Ah Kung—. Pero llegaremos pronto hasta él. ¿No es cierto, Dorothy? Lamento privarte de la fiesta, pero tienes que llevarnos a Pequeña Asia. ¿O insistes en negarte a hacerlo?

—No —tragó saliva la bella Dorothy—. A fin de cuentas, la fiesta a la que iba a acudir…, a la que íbamos a acudir todos nosotros, va a darse en Pequeña Asia…

CAPÍTULO IX

ERA una extraña fiesta. Tan extraña, que Lai Mi aún no comprendía en qué iba a consistir.

En la gran sala de los sillones en fila y el otro sillón solitario, había sido instalado todo un equipo cinematográfico. Había focos, cámaras, una grúa para los traveling… Varios chinos cambiaban impresiones junto a todo esto, como olvidados de Lai Mi, que estaba en el centro del gran salón, colocada tendida de espaldas sobre una amplia plataforma movible; podía ser colocada verticalmente y horizontalmente, y girar en todas direcciones. A esta plataforma, estaba amarrada Lai Mi de pies y manos, extendidos los brazos y piernas en cruz, formando una gran X.

De cuando en cuando, uno de los chinos salía al jardín, a la parte de la piscina, y desde esta zona llegaban a oídos de Lai Mi música, risas; y voces, siempre en chino. Esto sí lo había comprendido ya: afuera, al aire libre, se estaba celebrando una fiesta. Uno de los servidores vestido de negro había entrado ya en dos ocasiones, portando una bandeja con copas de champaña para los hombres que estaban trabajando con el equipo cinematográfico, y que habían aceptado de buena gana, cambiando alegres miradas de complicidad, que parecían encenderse cuando una de aquellas seis bellas muchachas chinas vestidas con elegancia cruzaban el salón para entrar en la casa y volvían a salir.

Sí, vestían con elegancia, pero esta elegancia se disolvía, a juicio de Lai Mi, debido a la peculiaridad más notable de sus vestidos, que dejaban a la vista sus pequeños senos vibrantes y una buena parte de las caderas. Por supuesto, las risas que llegaban hasta Lai Mi procedían de esas jovencitas, que debían estar haciendo las delicias de algunos hombres, en el jardín. Eran como encantadoras muñequitas accesibles a todos los deseos masculinos.

Por supuesto, Lai Mi estaba terriblemente asustada, pues había comprendido que se estaba preparando algo que no le reportaría nada bueno a ella. Tenía el profundo conocimiento de que, de un modo u otro, ella iba a ser el centro de la fiesta…

Una vez más volvió la cabeza al notar que la puerta que comunicaba con el jardín se abría. Quedó atónita, contemplando a aquel hombre cubierto con el largo quimono negro y cuyo rostro recordaba inevitablemente el de Buda. Cuando el hombre, después de conversar con los encargados del equipo cinematográfico, se acercó a ella, Lai Mi pudo constatar que, ciertamente, el hombre llevaba una cabeza postiza, de plástico, o algo parecido. Tras los agujeros practicados para los ojos, se veían los pequeños puntos negros del extraordinario personaje.

—¿Cómo está mi pequeña Lai Mi? —preguntó Orientman.

Lai Mi percibió, enseguida, el extraño tono vibrante y metálico de la voz de aquel hombre, del que sólo veía el brillo de los ojos.

—¿Quién es usted? —preguntó, temblorosa la voz—. ¿Qué… qué van a hacer conmigo?

—Una película —rió el Hombre de Oriente—. ¿Sabes quién soy, encantadora Lai Mi?

—No… Sí… ¡El Hombre de Oriente!

—Exactamente.

—Mi padre negociará con usted lo que sea para…

—No, no, no, pequeña Lai Mi…, Las cosas han cambiado, ya que he tenido una última idea genial. No habrá negociaciones de ninguna clase. Lo siento, porque eres tan hermosa… ¡Tan hermosa! Voy a hacer ahora algo que siempre he deseado… Lo voy a hacer antes de dar principio al fin de la fiesta…

Adelantó una mano, asió el borde del vestido de Lai Mi, y tiró de él, rasgándolo. Luego, arrancó los sujetadores de la muchacha, y se quedó mirando los delicados senos dorados, de bellísima forma, antes de posar ambas manos sobre ellos. Lai Mi emitió un gritito, y palideció, pero Orientman volvió a reír.

—¡No debes asustarte por esto, pequeña…! ¡Pero si no es nada! Es sólo un pequeño capricho satisfecho…, después de tanto desearlo, cuando te veía caminar, moverte… ¿Ves? Ni siquiera te hago daño, es sólo una caricia… ¿Te gusta mi caricia?

Lai Mi se mordió ’os labios, y volvió el rostro hacia el otro lado, evitando mirar aquellas manos que le repugnaban, y que se crisparon, de pronto, sobre sus senos.

—¡De modo que te doy asco…! Está bien, ya no importa. Ya no importa nada, después de la gran idea. ¿Y sabes a quién le debo la gran idea? ¡A Kio Meing! ¿Cómo no se me ocurrió a mí solo, con anterioridad? Eso es algo que nunca comprenderé. Pero, ahora todo es fácil. Ahora que te tengo a ti, todo es fácil y conveniente para mí. ¡Cuánto siento que tengas que morir, Lai Mi! Te he encontrado siempre tan… tan dulcemente deseable… Sólo que nada puedo hacer

en ese sentido, ya que mi… organismo hace tiempo que perdió… ciertas facultades. De no ser por eso, vivirías más tiempo, para proporcionarme placer. Pero como eso no puede ser, voy a conformarme con estas caricias que siempre deseé como consuelo…, y con la culminación de mis mejores logros… ¡Qué— grandiosa satisfacción tendré cuando tu padre reciba la película…! ¡Ya no vamos a demorarlo más, por lo tanto! ¡Va a comenzar el fin de la fiesta!

Dio un último grosero manotazo a los pechos de Lai Mi, y se dirigió hacia la puerta del jardín, desde la que llamó a los invitados a la fiesta. Luego, se fue directo hacia el sillón solitario, en el que se sentó.

Lai Mi estaba mirando hacia la puerta cuando comenzaron a aparecer los invitados, todos ellos poniéndose unas máscaras que parecían de cartón, con amables rostros ingenuos. De este modo, Lai Mi no pudo ver ni uno solo de los rostros verdaderos de aquellos hombres, que, como Orientman, vestían largos quimonos encima de sus ropas occidentales. A medida que iban entrando, los invitados se dirigían hacia la fila de sillones colocada en la pared del fondo, pero había tantos que los sillones quedaron pronto ocupados, y muchos invitados tuvieron que permanecer de pie. Orientman ordenó a las seis bellas jovencitas que fuesen a buscar asientos al jardín, acompañando a los sirvientes masculinos, todos vestidos de negro, pero los invitados dijeron que no era necesario, añadiendo que, de pie, aún verían mejor la película. Lo cual ocasionó risas, e impelió a los que se habían sentado a ponerse en pie.

—Caballeros —dijo el Hombre de Oriente—: como todos saben, la jovencita que va a protagonizar nuestra… producción cinematográfica es hija de Liung Tse, el hombre que se ha opuesto a los planes de Pequeña Asia, y nos ha negado, por consiguiente, su colaboración personal y económica, que habría sido muy estimable. Para aquellos que acuden por primera vez a una de las fiestas en Pequeña Asia, vamos a recordarles que la grandiosidad de mis proyectos requerirá en todo momento una fidelidad y una entrega totales. Pretendemos, nada menos, que arrancarle a Estados Unidos de América una porción de su territorio nacional continental para formar el nuevo país, que inicialmente estamos llamando Pequeña Asia. Lo ideal sería que, a las buenas, el gobierno de Washington nos cediese el Estado de California para que en él viviésemos todos los chinos que actualmente estamos dispersos por todo el país. Pero, evidentemente, Washington no entregará así como así uno de sus más ricos Estados a unos cuantos chinos, a los que, en el fondo, siempre ha menospreciado, por no decir despreciado…, pese a que muchos, muchísimos de nosotros, tenemos la ciudadanía norteamericana. Yo pienso que nosotros, igual que los negros, somos un grupo lo bastante importante para que Washington

comprenda nuestra petición, pero, seamos realistas: Washington jamás nos entregaría California. Quiero decir, a las buenas. Por lo tanto, la exigiremos muy pronto a las malas. Para ello, necesitaremos muchos hombres, y armas. Las armas, las compraremos con el dinero de todos. Los hombres, todos de raza china, están siendo ya reclutados en todo el país, y en el momento oportuno, se desplazarán a California para iniciar nuestra guerra en busca de un territorio donde nacerá el nuevo país llamado Pequeña Asia. Si no quieren darnos toda California, nos conformaremos con la mitad del Estado. Pero nunca menos. Y desde luego, no aceptaremos que nos envíen a lugares como el desierto de Arizona y sitios semejantes, como hicieron con los indios hace un siglo. Los chinos de América, y los que llegaron a América después, formaremos un país libre e independiente en este continente. Un país donde no viviremos humillados, ni en inferioridad de condiciones en todos los órdenes, ni mezclados con negros y blancos. Un país rico que gobernaremos nosotros mismos. Si es a las buenas, bien. Si prefieren la guerra, la tendrán. ¿Todos están de acuerdo con estos proyectos?

Lai Mi, que había conseguido recuperarse de su asombro, miró hacia los invitados, forzando el cuello. Esperaba una negativa, o cuando menos, el silencio de rechazo, pero, para su asombro, gritos entusiastas acogieron las palabras del Hombre de Oriente.

—Están locos… ¡Están todos locos! —gimió la muchacha—. ¡No conseguirán eso jamás, ni a las buenas ni a las malas! ¡Y además, no tienen derecho a ello, no tienen ningún derecho…!

Se calló bruscamente cuando Orientman apareció, de pronto, junto a ella, agitado, y una mano que antes la había acariciado la golpeó ahora fuertemente en la boca, partiéndole el labio inferior.

—¡Deja de gritar, hija üe puerco! —alzó su voz vibrante y metálica —. ¡Guarda las energías para hacerlo cuando tengas verdaderos motivos para ello! ¡Y va a ser ahora!

Se volvió hacia los hombres que esperaban junto al equipo cinematográfico, y les hizo una seña. Inmediatamente, se encendieron los focos, y las luces fueron apuntadas todas hacia la plataforma en la que estaba atada sólidamente Lai Mi. Los hombres pasaron detrás de las cámaras, comenzaron a mover el asiento del travelling hasta que quedó encima de Lai Mi el operador que manejaba una de las cámaras filmadoras. Otra de las cámaras, sobre el soporte rodante, se acercó más a Orientman. Hubo todavía algunas disposiciones más, órdenes, toma de posiciones…

Por fin, uno de los hombres hizo una seña, mirando al Hombre de Oriente.

—Cuando quiera, Orientman.

—Ya —gruñó éste.

Las cámaras filmadoras comenzaron a funcionar. Orientman, encarado a la más cercana, comenzó a hablar:

—Liung Tse, soy Orientman. Y aquí, como puede ver, tengo a su encantadora hija, en una situación… exótica. Le diré lo que va a ocurrir a continuación, todo ello debido a su negativa de colaborar con Pequeña Asia, con el Hombre de Oriente que habría dado una patria a otros muchos hombres de Oriente. Lo que va a ocurrir con su hija, antes de que la matemos y se la enviemos a casa, es que esos hombres —el Hombre de Oriente señaló a seis de sus criados vestidos de negro, y la cámara los enfocó unos segundos antes de regresar a él —… esos hombres van a ofrecemos, a mí y a mis fieles amigos, un delicioso espectáculo, violando salvajemente a la bella y delicada Mai Li. Y muy pronto, después que haya sufrido algún tiempo por lo que va a ocurrir ahora, usted será, finalmente, asesinado. Reciba esta película como un presente de Pequeña Asia. Hasta pronto, Liung Tse.

Orientman se volvió hacia Lai Mi, agarró el resto de la ropa, y la arrancó, con bruscos tirones. Luego, hizo una seña a sus servidores, y regresó a su sillón. Los seis chinos se acercaron a la tarima, y la rodearon. Se miraron entre sí, y por fin, uno de ellos subió a la tarima…

Las respiraciones se habían contenido, los ojos relucían tras las máscaras de los invitados, las bellas chinitas sonreían angelicalmente… Lai Mi comenzó a gritar cuando el chino puso sus manos sobre su cuerpo. Hasta entonces había estado paralizada, muda de horror, pero reaccionó al sentir aquellas manos sobre su piel. El hombre se dispuso a ser el primero en cumplir las disposiciones de Orientman.

Lai Mi gritaba con tal desesperación, que nadie oyó nada.

Si el lugar hubiese estado en silencio, quizá habrían oído el silbido de la flecha. Si todos los ojos hubiesen estado fijos en la estremecedora escena, alguien habría visto cómo la puerta que comunicaba con el jardín se abría… Pero todos miraban hacia la plataforma de madera, de modo que no vieron ni oyeron nada.

Simplemente, de pronto, una flecha apareció clavada en un lado del cuello del chino que estaba sobre Lai Mi, el cual lanzó un breve alarido, más vibrante que los gritos de Lai Mi, y quedó inmóvil sobre ésta, que continuaba gritando.

El primero en reaccionar fue el Hombre de Oriente. Su mirada fue hacia la puerta del jardín, a tiempo de ver a un japonés tensando un arco en el que tenía colocada la segunda flecha. Junto a él, iniciando su ataque hacia el centro del gran salón, vio a Kio Meing, es decir, a Ah Kung.

La segunda flecha salió disparada hacia Orientman, pero éste se estaba moviendo ya, gritando su aviso a los criados y a los invitados,

señalando hacia la puerta, mientras corría. La flecha se clavó en el sillón al llegar una fracción de segundo tarde a su destino. En la puerta, el budoka practicante de Kyudo que había utilizado el arco frunció el ceño con disgusto, y comenzó a colocar otra flecha en el arco.

Pero ya no iba a poder utilizarlo, porque en un instante, mientras Ah Kung corría hacia la tarima, el gran salón se llenó de hombres desconocidos que entraron impetuosamente por la puerta del jardín, irnos sin armas, otros volteando sus Nunchakus, otros empuñando sus sables… Habían llegado allí en silencio, pero ahora el aire se llenó de sonoros Kiai mientras pasaban al ataque, ocasionando la gran desbandada de invitados y un desconcierto y espanto inicial entre los servidores de Orientman.

Ah Kung llegó junto a la tarima en el momento en que dos de los chinos que había junto a ésta se lanzaban contra él. La acción de Ah Kung fue terrible, fulminante: alzó la pierna derecha, propinando al más alejado un espantoso taconazo en la barbilla, y el mikazuki geri rompió aquella barbilla, la hundió, y rompió el cuello del chino, que cayó muerto en el acto…, mientras Kung, describiendo media vuelta que daba de lado con respecto al otro, colocaba la mano derecha rígida, con la palma hacia arriba, y lanzaba lateralmente un shuto uchi, también de karate, que acertó en una sien al chino y lo tiró de lado, rodando por el suelo, asimismo muerto en el acto…

—¡Que no escape Orientman, Makio! —gritó.

Otro de los chinos que habían estado dispuestos a violar a Lai Mi se abalanzó contra él. Lívido de miedo, pero dispuesto a luchar por su vida… Le habría dado mejores resultados intentar la huida. Ah Kung lo vio llegar, y con estremecedora indiferencia paró su golpe al rostro con el antebrazo izquierdo, y lanzó hacia sus ojos el Picotazo de la Serpiente de Kung Fu. El aullido del hombre hizo vibrar los cristales, elevándose por encima de los otros gritos.

Ah Kung se desentendió de él, y mientras sus compañeros budokas, amigos de Makio Ueno, hacían estragos entre los invitados a la fiesta, se apresuró a desatar a Lai Mi. Mientras lo estaba haciendo, dos de las bellas jovencitas chinas se abalanzaron contra él, empuñando sendos pequeños y afiladísimos cuchillos, que habían sacado de nadie sabía dónde… El grito de aviso de Makio Ueno llegó al mismo tiempo que éste. El japonés agarró el brazo armado de una de las chinitas, lo hizo girar, apoyó la otra mano en el codo, y efectuó una leve presión. Bajo el implacable ude gatame de judo, el bracito se rompió, y la muchacha cayó desvanecida a los pies de Makio, en el momento en que Kung, con un controlado mae hiji ate derribaba de espaldas, fulminada, a la otra chinita, que no pudo soportar el codazo efectuado por Kung pese a que llevaba apenas la fuerza del giro al volverse hacia ella.

—Makio, ve a por Orientman —jadeó Kung—. ¡Ya no está aquí!

El budoka salió corriendo hacia la puerta que le señalaba Kung, junto al sillón solitario. Lai Mi había roto a llorar estruendosamente, y se había abrazado con todas sus fuerzas al cuello de Kung, que la abrazó con gesto protector. Alrededor de ellos, los budokas estaban dando buena cuenta de aquella gente. Habían aparecido algunas pistolas, pero los sables y los Nunchaku se anticipaban, siempre, a la acción del disparo. Crujían huesos, saltaban brazos cortados, los kiai parecían capaces de perforar las paredes. Algunos invitados habían conseguido escapar hacia el jardín, y otros en pos de Orientman, por la puerta del fondo, pero todo intento de fuga era inútil. El implacable grupo de budokas se movía, se esparcía como una marea insalvable.

Ah Kung se dirigió hacia la puerta del fondo, llevando abrazada todavía a Lai Mi. Pasaron a otro aposento más pequeño, y de allí a una pequeña biblioteca…, en la que no había nadie. Sorprendido, Ah Kung pensó que había equivocado el camino para perseguir, él también, a Orientman, pero muy pronto vio, detrás de un amplio sillón, la trampilla de madera alzada.

Se quitó la chaqueta, y ayudó a Lai Mi a ponérsela, cubriendo su desnudez, al menos hasta más abajo de las ingles. Luego, tras vacilar, la tomó de la mano y tiró de ella.

—Es mejor que no se quede aquí sola. Venga conmigo.

Lai Mi se limitó a obedecer. Desde la trampilla arrancaban unas escaleras de madera, por las cuales descendieron los dos. Se encontraron en un estrecho pasadizo iluminado, en el que resonaban pisadas y gritos. De pronto, las luces se apagaron, hubo más gritos, y acto seguido retumbó un disparo, otro grito, más gritos…

La oscuridad era absoluta, ahora, frente a Kung y Lai Mi.

—¡Makio! —llamó el primero.

—¡Ah Kung! —llegó la voz del japonés—. ¡Se escapa! ¡Me ha herido!

Ah Kung caminó hacia el fondo del pasadizo, siempre tirando de la mano de Lai Mi. Lejos, oía pisadas precipitadas, y gritos que se iban perdiendo… De pronto, tropezó con algo, y oyó la exclamación de dolor.

—Makio… ¿Eres tú?

—Sí —le llegó la voz, desde el suelo—. Tiene que haber un interruptor en una pared, él tocó algo, y las luces se apagaron…

La voz de Makio Ueno sonaba algo crispada. Ah Kung tanteó en una de las paredes, pero nada sucedió. Iba a buscar en la otra cuando las luces se encendieron. Al volverse, vio a Lai Mi todavía con las manos sobre un punto de la pared que se había hundido. Perdiendo interés, en el acto, por esto, Kung se acuclilló junto a Makio Ueno, que

yacía sobre el costado derecho, con la mano izquierda sobre el costado de este lado, que estaba lleno de sangre.

—No es nada —jadeó el japonés—. Le había atrapado, y le estaba quitando la cabeza de Buda cuando se apagaron las luces, y sonó el disparo… Pude quitarle la máscara, y golpearlo, sé que cayó hacia ese lado…, pero se levantó enseguida y continuó corriendo. Lo siento, Kung.

Ah Kung encogió los hombros.

—Si puedes esperar, voy a seguir túnel adelante, a ver si todavía le alcanzo.

—Inténtalo —asintió Makio—, Puedo aguantar.

—Quédese con él —dijo Ah Kung, mirando a Lai Mi.

Echó a correr hacia el fondo de la galería, y en pocos segundos llegó a la salida. Apareció en un lugar lleno de árboles y arbustos, a oscuras, y comprendió, en el acto, que era el jardín del fondo de Pequeña Asia. Por detrás de él se veían las luces de la quinta, a más de trescientos metros…

Y por encima de él zumbaba el motor de un helicóptero, que se alejaba de Pequeña Asia. Ah Kung se quedó mirándolo, sombrío el gesto. Evidentemente, el Hombre de Oriente lo tenía previsto todo. Llegaba allí en helicóptero, que dejaba escondido en el jardín, utilizaba el pasadizo para aparecer en la casa, y se marchaba por el mismo camino. Mala suerte.

Regresó a donde yacía Makio Ueno, que estaba acompañado, ahora no sólo por Lai Mi, sino por varios budokas, que se quedaron mirando a Kung.

—Orientman ha escapado —murmuró Ah Kung.

—Nosotros tenemos en la casa a varios prisioneros —dijo uno de los budokas—, y todo está controlado. Quizá alguno de los prisioneros pueda decirnos quién es Orientman.

—Lo dudo —musitó Ah Kung—. Es demasiado listo. Aun en el supuesto de que apareciese ante ellos sin la careta de Buda, debía llevar cualquier otro disfraz o maquillaje. Sí… Es demasiado listo. Bien, ayuda a Makio, y vamos a ver cómo están los demás.

Makio Ueno fue ayudado a regresar por el pasadizo hacia la casa. Ah Kung quedó inmóvil, sombríamente pensativo. Frente a él, Lai Mi le miraba con los ojos muy abiertos, bellísima y graciosa con la chaqueta del budoka. Este reaccionó por fin. Miró la cabeza de Buda de plástico caída en el suelo, y se inclinó a recogerla. Al poner el pie más cerca de la pared, algo crujió bajo el zapato de Ah Kung, pero éste no hizo caso. Recogió la careta, se irguió…, y quedó inmóvil.

Luego, se inclinó a mirar el suelo con toda atención, allá donde algo había crujido bajo su pie. Tras unos segundos de inmovilidad,

recogió algo, cuidadosamente, y lo guardó en un bolsillo de su chaqueta acercándose a Lai Mi, a la que acto seguido abrazó por los hombros.

—La llevaré a su casa —murmuró—, después de avisar a su padre al despacho de que nos dirigimos allí.

CAPÍTULO X

LIUNG TSE todavía tartamudeaba cuando, después de abrazar a su hija, se volvió hacia Ah Kung, que los contemplaba sonriendo ceñudamente.

—Kung, no sé… n-n-no…, no sé cómo podré pagarle…

El budoka movió negativamente la cabeza, mirando de reojo un instante a Lai Mi. Ellos habían llegado a la casa de Liung Tse antes que éste, y la muchacha ya se había puesto un vestido, de modo que cuando su padre llegó, estaba prácticamente como si nada hubiese sucedido, excepto la inflamación del partido labio inferior.

—No tiene que pagarme nada a mí, señor Tse —dijo Kung—. Pero algunos de mis compañeros resultaron heridos, y eso puede ocasionarles complicaciones y gastos que no sé si podrán afrontar. Los budokas no somos ricos, y…

—No se preocupe por eso —le interrumpió Liung Tse—, Cualquier cosa que yo pueda arreglar, está solucionada. Y si hay otra clase de complicaciones, también las arreglaremos: tengo buenos amigos en la policía… Todo se arreglará.

—Estupendo —sonrió Ah Kung.

—Ese hombre… Ese…, ese Orientman —se estremeció Lai Mi—. ¡No parará hasta conseguir matarte, papá!

¡Ahora más que nunca, querrá vengarse…!

—Lo cazaremos pronto —dijo Ah Kung—. Ya tengo pensado el modo de hacerlo, pero tendremos que colaborar todos. Todos. ¿Avisó al señor Seng, tal como le pedí, de que habíamos rescatado a su hija?

—Sí. Bueno, él no estaba en su casa, pero dejé el recado. En cuanto llegue le informarán, y vendrá aquí enseguida, estoy seguro. '

—Bien. Tiene usted una hermosa casa, señor Tse.

—Si la quiere, es suya —exclamó Liung Tse.

—No, gracias —sonrió Ah Kung—. Cuando esto termine, tengo intención de regresar a China, para seguir aprendiendo… algunas cosas que dejé pendientes.

Liung Tse abrazó por la cintura a su hija, y se sentaron ambos en

un sofá del amplísimo y lujoso salón de su casa en Topanoga Canyon Boulevard. Tse miró un instante a su hija, y sonrió levemente.

—Nos gustaría mucho que se quedase, Kung. ¿Verdad, Lai Mi?

—Sí —murmuró la muchacha, mirando intensamente a Kung—. Sí, nos… nos gustaría mucho.

—Quizá regrese dentro de un año o dos. Pero tengo que volver allá. Cuando esté satisfecho de mis conocimientos, a determinado nivel, supongo que lo mismo me dará vivir en Hong Kong que en Los Angeles. Quizá vuelva. Pero de momento…

Hasta el salón llegaron voces, que enseguida se fueron acercando. En la puerta apareció Lo Seng, acompañado de uno de los criados de los Tse.

—¡Es cierto! —exclamó el socio de Liung Tse, restallante de alegría—, ¡Estás en casa, Lai Mi!

Corrió hacia ella, y la muchacha acudió a su encuentro, sonriendo, aceptando el emocionado abrazo del viejo amigo de su padre. Lo Seng se volvió a mirar a Ah Kung, que sonreía secamente.

—Bueno —refunfuñó—. No sé cómo lo ha hecho…, Kung, pero… Bien, soy de los que admiten sus equivocaciones, así que… le pido disculpas por todo.

Ah Kung acentuó su seca sonrisa, metió la mano en un bolsillo de su chaqueta, y sacó algo, que acercó a Lo Seng, en la palma de la mano. Lo Seng parpadeó, miró a la mano de Ah Kung, y de nuevo a éste.

—¿Qué es esto? —inquirió.

—Son los restos de una lentilla de contacto —dijo Ah Kung—, Los recogí en el pasadizo de la quinta llamada Pequeña Asia.

—Ah… Bueno, no comprendo…

—Debería usted buscar un oculista que le hiciese lentillas más seguras, Lo Seng. Es la segunda vez que pierde una. Claro que eso no debe tener demasiada importancia, ya que debe poseer lentillas de repuesto, ¿no es así?

—Pero… ¿qué está usted diciendo? —aulló Lo Seng.

—Lai Mi me ha dicho que usted pretendía matarla, no utilizarla para tenderle una trampa a su padre. Y lo comprendo: era mejor que ella muriese antes que Liung Tse. Si Lai Mi moría primero, cuando muriese Liung Tse…, ¿quién heredaría, prácticamente, todo lo suyo?

—Usted…, usted está loco… —jadeó Lo Seng, comenzando a retroceder.

—¿Sí? Bueno, ¿acaso no sería usted, el socio de Liung Tse, quien se quedaría con todo lo de éste? Y entonces sería mucho más rico, y ya muerto Liung Tse, podría lanzarse con mucho más poder a la consecución de sus descabellados planes. ¿No es así, señor Orientman?

Liung Tse y su hija estaba petrificados, lívidos, mirando de uno a otro hombre. ¿Se había vuelto loco Ah Kung?

—¿No dice nada, Hombre de Oriente? Vamos, diga algo… Aunque sea utilizando el aparato que se pone en la boca para desfigurar su voz, para conseguir esa extraña voz vibrante y metálica que me tenía… desconcertado. Vamos, Orientman, ¡diga algo!

De pronto, una pistola apareció en la diestra de Lo Seng, que apuntó al pecho de Ah Kung. Los Tse lanzaron una exclamación de incredulidad, de consternación.

—¡Lo! —gimió Liung—, ¡Lo, no es posible, no…!

—Los voy a matar… ¡Los voy a matar a todos! —aulló Lo Seng—. ¡Los voy a matar, y aunque me hayan descubierto, seguiré con mis planes, nadie podría impedir que…!

—Yo podré impedirlo —exclamó sosegadamente Ah Kung—. Y le voy a decir por qué, Lo Seng… Para matarme a mí de un solo disparo, tendría que acertarme en la cabeza. Si no me acierta en la cabeza, tendré tiempo de dar estos tres pasos hasta usted y partirle la cabeza… Y no acertará mi cabeza, porque es incapaz de reaccionar con la velocidad adecuada… Es imposible para usted. ¿Conoce el Ataque de la Cobra? Estoy seguro de que no lo conoce. Y le sugiero que siga así. Deme su pistola, llamaremos a la policía, y lo encerrarán… en un manicomio. Pero si dispara esa pistola, morirá.

—No se acerque —siseó Lo Seng—. ¡No se acerque!

—Ni siquiera me he movido —sonrió Ah Kung, con gesto de persona inofensiva—. Pero estoy mirando sus ojos, Lo Seng, y puedo leer en ellos todos sus pensamientos. En cuanto usted piense en apretar ese gatillo, yo lo sabré, y me anticiparé. Soy tan rápido, que usted ni siquiera podrá verme. Aunque dispare, la bala irá al techo, o a una pared… Usted no puede nada contra mí, aunque tenga una pistola.

—¡Cállese!

—¿Por qué? ¡Oh, bien!, comprendo que esté sintiendo un profundo miedo hacia mí. Es lógico. Hace veinticinco años que practico Artes Marciales, y otras técnicas de lucha. Para usted, si me obliga a entrar en acción, yo seré… como una negra tempestad, contra la que no podrá hacer absolutamente nada. De modo que —Ah Kung tendió la mano derecha hacia Lo Seng— entrégueme la pistola y prepare su equipaje para instalarse en un manicomio.

—No… ¡NO! ¡Te voy a…!

En el momento en que el dedo de Lo Seng comenzaba a crisparse en el gatillo, la cobra estaba ya en el aire, ascendiendo a una altura inverosímil, con las piernas recogidas tras el increíble salto.

¡Crack!, sonó el disparo que envió una bala por debajo de las

flexionadas piernas de Ah Kung.

—¡SHUUUúúúVUU…! —sonó el Kiai.

El peso de las piernas varió la trayectoria del cuerpo de Ah Kung, la mano derecha de éste bajó, como un hacha, la cabeza de Lo Seng crujió, y el chino pareció aplastarse contra el suelo, arrugarse, disminuir de tamaño.

Cuando Ah Kung cayó de pie ante el Hombre de Oriente, éste aún se conservaba en la vertical, pero ya estaba muerto. Pareció que tardaba una eternidad en caer hacia atrás, como un poste, distorsionado el rostro, los ojos vueltos hacia dentro de modo que sólo se veía la córnea…

—Ahora sí que convendría avisar a la policía —dijo sosegadamente Ah Kung—. Yo ya he cumplido los deseos del Maestro.

ESTE ES EL FINAL

—BUENO —suspiró Liung Tse—. Todo ha terminado bien, Kung. Ya te dije que tenía buenos amigos en la policía…, aparte de que, naturalmente, sólo podían hacer que agradecerte tu labor.

—Lo único que siento —murmuró Kung— es que mi regreso a China se ha retrasado en casi dos semanas.

—Todo llega en la vida —filosofó Liung Tse—. Mi coche te llevará, en cuanto quieras, al aeropuerto.

—Sí —Kung miró su reloj—. Se está haciendo tarde.

Habría sido mejor que fuese directamente al aeropuerto… Debería marcharme ya, pero quisiera despedirme de Lai Mi.

—Las mujeres no tienen noción del tiempo —disculpó Liung Tse—. Me atrevería a sugerirte que subieses tú a despedirte, o corres el riesgo de perder el avión.

Ah Kung vaciló. Por fin, se puso en pie, vacilante todavía, indeciso.

—Creo que será lo mejor… Iré a decirle adiós.

—Os espero aquí —dijo Liung Tse, encendiendo un cigarro.

Estuvo mirando a Kung hasta que salió del salón. Luego, sigilosamente, fue tras él, y lo vio subir la escalinata hacia el piso donde estaban los dormitorios. Acto seguido, Liung Tse fue hacia la puerta de su casa, la abrió, y salió, sonriendo.

Arriba, Ah Kung recibió respuesta de Lai Mi al llamar a la segunda puerta.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Lai Mi, soy Ah Kung. Tengo que marcharme ya…

—Pasa.

El budoka empujó la puerta, entró…, y se quedó clavado al suelo, al ver a Lai Mi. Ella estaba envuelta en una toalla que rodeaba sus axilas, y todavía olía a gel y a agua fresca, y había en su dorada piel centelleantes gotitas de agua.

—Venía… a decirte adiós —susurró Kung.

—¡Ah, muy bien! Perdona que te reciba así, pero me había acalorado un poco después de preparar mi equipaje, y me pareció que

debía ducharme.

Sorprendido, Ah Kung miró hacia un lado, y vio algunas maletas, un maletín, un bolso…

—¿Te vas de viaje?

—Así es. A China. Hacía tiempo que tenía grandes deseos de ir, y conocerla a fondo. Estoy hablando mucho de China, y ni siquiera la conozco, puesto que nací aquí. Creo que debo estar allí una buena temporada, y de este modo impartiré mejores enseñanzas, o digamos, más completas y auténticas, en mi escuela. ¿No te parece?

—Sí… Sí, desde luego. ¿Y cuándo te vas?

—Mi avión sale mañana.

—Mañana… Bueno, siento que… Quiero decir que podríamos haber hecho juntos el viaje.

—¡Oh, lo haremos juntos! —sonrió Lai Mi—. Mi padre está ahora camino del aeropuerto, para reservarnos los dos pasajes. Espero que no te importe retrasar un día el viaje… Una pregunta: ¿es factible que yo permanezca contigo en China mientras aprendes esas cosas?

—Bueno, sería posible, ya que yo no soy, precisamente, un monje, ni vivo como tal. Yo sólo soy un alumno de… ¿Conmigo?

—No pienso separarme de ti ni un instante, Ah Kung. Si vas a China, iré a China; si vas a Hong Kong, viviré en Hong Kong; si regresas a Estados Unidos, regresaré contigo. Y es inútil que te opongas, porque no podrás impedírmelo…, a menos que me mates.

—Ya he matado lo suficiente —murmuró Ah Kung—. Pero estoy comprendiendo ahora que entre tu padre y tú me habéis… metido en una trampa.

—Efectivamente —sonrió dulcemente Lai Mi—: has caído en la trampa de una mujer de Oriente… ¡Oh!

Mientras hablaba, Lai Mi había caminado hacia Kung, y, con el movimiento, la toalla se desprendió «casualmente» de las axilas de la muchacha, cayendo al suelo. Ah Kung se quedó mirándola unos segundos. Luego, se acercó, recogió la toalla, y la tiró sobre la cama. Por último, rodeó el cuerpo de Lai Mi con sus brazos, y acercó su rostro al de ella.

—Creo haber interpretado exactamente en qué quieres invertir el día que nos queda para emprender el viaje —susurró—. Y por mí no hay inconveniente. Como te he dicho, yo no soy precisamente un monje. Soy solamente un hombre de Oriente…

—Y yo una mujer temblaron los labios de Lai Mi.

—Vamos a discutir ese tema —dijo Ah Kung, un instante antes de llegar con su boca a la de Lai Mi.

F I N